

FUNDACIÓN  
CERRO NAVIA JOVEN

25

AÑOS DE  
*historias*

25  
AÑOS DE  
*historias*

# ÍNDICE

	<b>1 La historia de Ximena:</b> Con guagua se queda en la casa .....	6
	<b>2 La historia de Juan:</b> Una inundación nos cambió la vida .....	10
	<b>3 La historia de Sabrina:</b> Quiero tener mi plata, mi auto y mi casa .....	14
	<b>4 La historia de Bernarda:</b> La gente de la comuna sabe que en la <i>Fundación</i> no es un número ni una ficha .....	18
	<b>5 La historia de Pablo:</b> La <i>Fundación</i> nació haciendo visible la exclusión invisibilizada y ninguneada de la época .....	22
	<b>6 La historia de Jorge:</b> Sentía que me hablaban por telepatía .....	26
	<b>7 La historia de Alicia:</b> Cooperar es ayudar con calor o frío .....	30
	<b>8 La historia de Gabriela:</b> Derrumbar el círculo de la pobreza es posible .....	34
	<b>9 La historia de Cristian C.:</b> Yo sé que puedo ser alguien en la vida .....	38
	<b>10 La historia de Cristina:</b> El jardín es un aporte en integración para la población Los Lagos .....	42
	<b>11 La historia de Kris:</b> Una europea en Cerro Navia .....	46
	<b>12 La historia de Juana:</b> Cerro Navia Joven: un antro de drogadictos .....	50
	<b>13 La historia de Cristian W.:</b> A los niños con síndrome de down los escondían .....	54
	<b>14 La historia de Eduardo:</b> En la <i>Fundación</i> nadie me dice de nuevo anda llorando este hombre .....	58
	<b>15 La historia de Lucy:</b> En cada embarazada reconocí lo perdido .....	62
	<b>16 La historia de Leticia:</b> Duelo, promesa y acción: la vida de una adulta mayor dicharachera .....	66
	<b>17 La historia de Jaime:</b> No soy el típico pobre que lucha para tener una mejor calidad de vida en Vitacura .....	70
	<b>18 La historia de Mauricio:</b> Dios es grande y Mauricio es obra de Dios .....	74
	<b>19 La historia de Francisca:</b> No hay que guiarse por las apariencias .....	78
	<b>20 La historia de Ana:</b> Hoy lo que más se necesita es calidad humana .....	82
	<b>21 La historia de Ángel:</b> Cerro Navia es una comuna humilde y quiero que mis hijos tengan esa humildad .....	86
	<b>22 La historia de Solange:</b> El voluntariado tiene un pago del corazón totalmente distinto al económico .....	90
	<b>23 La historia de Isa:</b> Me daba vergüenza vivir en la calle .....	94
	<b>24 La historia de Jenny:</b> Antes me sentía inútil y ahora me siento bacán .....	98
	<b>25 La historia de Graciela:</b> El secreto de la casa propia se fue a la tumba .....	102

# A MODO DE PRESENTACIÓN

Llegué a vivir a Cerro Navia hace 28 años. Con Pepe y Guido, dos jesuitas mayores, arrendamos una casa en la población Santa Elvira, al lado de Las Viñitas. Cada uno siguió haciendo su trabajo: mientras ellos estaban en el Centro de Espiritualidad Ignaciana, dando retiros y acompañando personas, yo comenzaba un doctorado en teología que me obligaba a dedicar todo el día a estudiar y a escribir la tesis.

Llegué de 33 años, la misma semana en que me ordenaran cura, por lo que por las tardes y las noches podía asomarme y colaborar con las capillas del sector, las Comunidades Eclesiales de Base. Y me encontré con un pedazo de iglesia maravillosa, y con agentes pastorales –laicos, religiosas, misioneros– admirables, hombres y mujeres que eran verdaderas catedrales de fe y justicia. Me di cuenta que tenía tanto que aprender y me fui quedando hasta el día de hoy. Quedando por ratos y pasando, pues debía atender a otros trabajos, durante el día, o durante los días de semana. Pero las comunidades y la *Fundación* me siguieron enseñando a ser cura.

Abrir una casa para vivir en Cerro Navia no significó cambiar de trabajo, sino de lugar de residencia, con la esperanza que el lugar donde pones los pies te va a cambiar el corazón, la mirada, el punto de vista desde donde se observa. Fueron otros los que me ayudaron a ver a los jóvenes de las esquinas que se consumían por la droga y la falta de oportunidades. Otras, las que me hicieron tomar conciencia de lo necesario que era un jardín infantil para una madre, jefa de hogar, que sale a trabajar.

El nacimiento de la *Fundación Cerro Navia Joven*, como cada uno de sus programas fueron pedazos de realidad que se nos fueron, sucesivamente, imponiendo a la mirada y exigiendo de nosotros una respuesta. No habíamos visto antes a los jóvenes y adultos con discapacidad intelectual, a las personas con esquizofrenia adictas al alcohol o a la droga, y tampoco, en un comienzo, a las personas mayores.

Ha sido la misma *Fundación* la que, en estos más de 25 años de vida, me ha enseñado a ver. Gracias a que he puesto mis pies en ella –siempre de paso– la mirada y el corazón se me han ensanchado.

Las 25 historias, que aquí se recogen, son las de personas, que en un trecho de sus vidas han pasado por la *Fundación*. Cada uno de los testimonios está vinculado con la participación en alguno de sus programas: ya sea como mamá del jardín infantil; como adolescente embarazada; como adulto mayor ayudando a otro que esta postrado o enfermo; como estudiante del colegio Don Enrique Alvear; como trabajador con discapacidad intelectual en la lavandería; como adicto tratando de dejar la droga, o como esquizofrénico asumiendo su enfermedad.

Todos estos programas existieron en los últimos 25 años, y aunque algunos ya no están, permitieron a muchas personas encontrar un motivo para seguir caminando.

Estas 25 historias muestran la diversidad y vitalidad de una organización siempre en movimiento, que trata de salir al encuentro de las personas que, en algún tramo de su vida, pueden ser acompañadas por ella. No son historias de éxito, sino de amor en medio del sufrimiento y la dificultad.

Leer estos relatos es un modo muy hermoso de contar la historia de la *Fundación Cerro Navia Joven*: simplemente historias representativas de lo vivido en estos 25 años. Todos ellos dan testimonio del bien, de la ayuda, del apoyo, de la educación, de la escucha que, al pasar por aquí, han recibido. Estas historias, estos relatos, nos mueven el corazón y nos hacen dar gracias a Dios por todos aquellos que se han sentido en casa y lo expresan diciendo: “Siempre me he sentido bien en la *Fundación*”. “Para mí la *Fundación* es todo”. “Ha sido lo mejor”.

Tantos son los que han pasado y recibido algún servicio, como los que han educado a los demás. Han reconocido y aliviado el propio dolor, ayudando a otros a sostener el suyo y lo expresan: “Cada historia, cada chiquilla, me hizo revivir, porque podía reconocer en ellas lo que había perdido”.

La *Fundación* ha sido una buena noticia para muchos y, también, la posibilidad de ser un buen samaritano para otros: “Desde Cristo solidario hacia una Iglesia solidaria”, como nos enseñó nuestro patrono, Don Enrique Alvear, pastor de los pobres, vecino de estos barrios y santo.

Dios ha multiplicado la obra de nuestras manos, gracias a la colaboración de una nube de testigos, personas e instituciones: las comunidades cristianas, cientos de voluntarios, recursos públicos del Estado, el aporte y las donaciones de las empresas, el trabajo con otras fundaciones, el Hogar de Cristo y las CVX, los educadores y educadoras que trabajan en la *Fundación*. Dios ha multiplicado la obra de tantas manos.

Estas historias muestran con meridiana claridad que los primeros que luchan en contra de la pobreza –la propia y la de otros– son los pobres. Al pasar por la *Fundación*, muchos en esa lucha han recibido apoyo y alivio, esperanza y consuelo.

Estas páginas son un testimonio elocuente de que ello ha ocurrido en medio de nosotros. Reconocer y agradecer tanto bien dado y recibido es la mejor manera de celebrar estos más de 25 años.

**Eduardo Silva S.J.,**  
**ASESOR ECLESIAÍSTICO**  
**Fundación Cerro Navia Joven**



1. LA HISTORIA  
DE XIMENA:

## Con guagua se queda en la casa

La mamá de Ximena pensó que si su hija no había estudiado nunca mientras estaba en el Colegio, había repetido de curso y no había mostrado ningún interés por mejorar su rendimiento, menos lo iba a hacer teniendo 15 años y embarazada, así es que le dijo que se retirara del Colegio, que ella no quería que estudiara.

Esa decisión no hizo más que aumentar la incertidumbre de Ximena sobre cómo enfrentaría su futuro. “Cuando supe que estaba embarazada fue traumático. No sabía qué hacer, qué iba a pasar conmigo y mi mamá ya estaba decidida a que me quedara en la casa y me dedicara a la guagua. Yo estaba clara que no había vuelta atrás. Nunca se me cruzó por la cabeza hacer algo como abortar. Nunca ha sido una opción para mí en la vida. Yo siempre entendí que era mi responsabilidad lo que había pasado. Fui yo la que no tomó las precauciones correspondientes. Estas cosas no son accidentes. Si uno tiene relaciones sin cuidarse lo menos que te puede pasar es que quedes embarazada”.

La noticia del embarazo la conoció mucha gente de la población, entre ellas una psicóloga que vivía en el sector, quien alertada por la decisión de una mamá que no quería dejar estudiar a su hija, fue a hablar con una voluntaria de la *Fundación* que realizaba talleres para mamás adolescente en la comuna.

Luz Paredes, la voluntaria, no esperó. Averiguó en qué hospital estaba internada Ximena luego del parto y fue a verla. “Un día llegó la Tía Lucy a verme, me contó que había un taller para mamás jóvenes que hacían todas las semanas en la parroquia y me dijo que fuera.

Para mí el taller era como un centro de madres, pero de mamás adolescentes. Nos enseñaban a hacer manualidades para que si alguna de nosotras no estudiaba pudiera hacer algo con lo que sobrevivir... pero mi caso no era tan extremo como el de otras niñas que iban.

Yo iba siempre porque me sentía muy cómoda, me daban mucha tranquilidad y la tía nos regalaba mucho. Formamos un muy buen grupo. Compartíamos experiencias, nos apoyábamos, nos invitábamos a los cumpleaños, íbamos de paseo. Estuve tres años en el programa. Hasta los 18 años. No me lo perdía”.

Ximena Valenzuela hoy tiene 26 años. Trabaja hace tres, casi sin descanso, en un café en el Costanera Center para darle todo lo que necesitan a sus dos hijos: Catalina ya de 11 y Joel de 4. Hace un tiempo atrás fue elegida la empleada del año. Y para aumentar un poco más sus ingresos, con la ayuda de sus papás, compró un auto que un familiar trabaja en Uber.

“Mi hija me ayudó a madurar porque sino no habría tenido ninguna responsabilidad de nada. De hecho, al tiro me puse responsable. Con 3 meses de embarazo, y después de que le dijeran a mi mamá que si no me inscribía en la escuela la iban a denunciar, me matriculé en el Colegio *Don Enrique Alvear*<sup>1</sup>. Ahí me dieron todo el apoyo, desde los profesores, los inspectores, los compañeros. Todos me cuidaban.



La Cata nació en septiembre y me cerraron el año. Después volví en marzo y llevaba a la Cata a una sala cuna frente al colegio. La pasaba a dejar temprano y me iba a clases. Así pude resolver todo bien y salir de cuarto medio. Fue una experiencia muy bonita estar en ese Colegio”.

Pensando en lo que le significó compatibilizar esta nueva realidad con sus proyecciones de vida, Ximena agrega: “Yo creo que si no hubiera tenido a mi hija quizás habría sido bailarina, pero ella me trajo otra vida. Y hoy uno ve tanta gente que está peor. Niñas súper chicas embarazadas, metidas en la droga que están todo el día en la calle. Por eso yo les digo a mis hijos que los apoyo al 100%, que hasta donde quieran llegar vamos a llegar, así tenga que hacer lo que tenga que hacer. Uno no puede esperar lo que Dios quiera, uno es el dueño de su destino y uno se va haciendo el camino para adelante”.

La mamá de Ximena mira con atención a su hija mientras relata con firmeza sus convicciones y aprovecha unos segundos de silencio para expresar que fue lo que a ella le ocurrió: “Para mí como mamá fue terrible. Yo creí que se iba a echar a perder su vida. Estaba cerrada, muy enojada y no quería que estudiara, pero ahí entre una psicóloga y la gente de la *Fundación* me dijeron que no po, que más que nunca ella tenía que estudiar para darle un futuro a su hija. Y después todo se fue dando bien... es que uno como mamá también comete muchos errores y más cuando está mal psicológicamente”.

Ximena la escucha y agrega: “Era el comienzo de una nueva vida. El proceso de asimilarlo es más largo, uno se va dando cuenta de las cosas de a poquito, cuando van pasando. Por eso debiera haber más de estos talleres en todo Santiago, porque son espacios de relajo, de pasarlo bien, pero en un ambiente sano para uno y para el bebé, y además, necesarios en el sentido de que la acompañen a uno en todos los procesos de cambio que va viviendo”.

<sup>1</sup> Colegio perteneciente a la *Fundación*



2. LA HISTORIA DE JUAN:

## Una inundación nos cambió la vida

Juan y Ana María tenían un año de casados en 1966, cuando se inscribieron en un comité de vivienda que funcionaba en la antigua comuna de Barrancas (sector que agrupaba varias comunas, entre ellas Pudahuel). Ese mismo año, mientras estaba a la cabeza del país el Presidente Frei Montalva, les avisaron que por puntaje no habían alcanzado a ingresar a un proyecto de entrega de casas que había para la comuna.

A la espera de una nueva oportunidad, debieron seguir viviendo en una pieza con cocina, que arrendaban en Lo Prado. Las condiciones no eran fáciles. Sus dos hijas, muy chiquititas aún, dormían en el cajón de una cómoda que les habían arreglado. Pasó un año, agosto del 67, cuando Juan se levantó a las cinco de la mañana tal como lo hacía todos los días, y al bajarse de la cama se dio cuenta que estaban completamente inundados por las aguas servidas que se habían salido de algún pozo. Ana María se despertó para preguntarle qué pasaba. Los pies de Juan flotaban entre distintos desechos humanos. Juan se levantó como pudo, sacó el agua, se puso los zapatos mojados y se fue al trabajo. Ana María levantó a las niñas, consiguió aserrín y partió donde la visitadora social a decirle que en esas condiciones, con sus hijas, no podían seguir viviendo.



El 31 de agosto de ese mismo año, cuando sólo habían pasado unas semanas de la inundación, Juan volvió del trabajo y su señora le pidió que cerrara los ojos porque le tenía una sorpresa. Cuando los abrió tenía en sus manos una tarjeta que decía: se le asigna a la Señora Ana María Salazar Peña el sitio N°3 de la manzana 150, Pasaje Chile Chico. “Este mismo sitio donde estamos ahora”.

Juan llora al recordar esta historia y apenas puede terminarla. Lo mismo le pasa cuando la relata en la obra “Mi Juventud” que crearon en el taller de teatro de la *Fundación*, junto a otras cinco personas mayores y en que cada uno, a partir de un monólogo, cuenta alguna experiencia personal de esa época.

El monólogo de Juan se titula “Reservado con Pasteles” y hace referencia al momento en que el Dj, de las antiguas fiestas “malón”, detenía la música para que los hombres fueran a comprarle un pastel a las parejas con las que bailaban.

“La obra la hemos presentado en varias comunas. Son puras vivencias de nuestra juventud. Lo malo es que yo soy muy emotivo y me emociono cuando cuento esto que se nos inundó la casa, y lo lindo es que todas las vivencias se conectan unas con otras porque somos todos de una misma época.

Ahí cuento también, que cuando llegamos aquí a vivir esto eran puras chacras. Era todo campo. Para tener agua teníamos salir a buscar lejos de aquí y la traíamos en tambores. Salíamos a las 4:30 de la mañana a tomar micro. Pero nosotros éramos felices. Mi señora se quedaba sola con las niñas y siempre se sintió segura”. Y agrega, marcando un punto de diferencia con los tiempos actuales: “ahora es distinto, los cabros la tienen papa”.

“Fue una época muy bonita donde había mucha ayuda entre la gente. Nosotros desde que llegamos participamos en la parroquia como catequistas. Construimos una capilla en el sector y hacíamos vigiliás y reuniones para ver cómo ayudar a la gente con ollas comunes y mercadería. Una vez al mes hacíamos asamblea general de todas las comunidades y nos juntábamos entre 200 y 300 personas para compartir experiencias y contarnos qué nos había pasado. Esto también en la época del golpe. Incluso donde hoy día está el Centro

Comunitario de *Preciosa Sangre*, donde nosotros vamos a los talleres de la *Fundación*, ahí mi señora se siguió reuniendo con un grupo de mujeres que durante la dictadura atendían a quienes llegaban heridos o baleados cuando había protestas”.

Fue Ana María, quien, a partir de estas reuniones en *Preciosa Sangre*, supo de la *Fundación* y lo motivó a participar. “Mi señora fue la primera en inscribirse en los talleres y me dijo que fuéramos. Yo recién el año pasado empecé a dejar de trabajar un poco y me metí a gimnasia, baile entretenido, memoria y teatro. Es que el ambiente que hay en la *Fundación* es muy bueno porque toda la gente que va, va porque quiere y porque siente la necesidad de hacer algo acompañado, de reírse, de saludarse, de dar un abrazo, de compartir, de sentir de piel las cosas. Y, además, en la *Fundación* hay muy buen trato”.

Hoy, sobre las paredes de la casa de Juan y Ana María cuelgan fotos de distintos momentos familiares y de vida, pero también decenas de pañuelines de scout que resumen su historia como líderes y guías de grupos de jóvenes durante años. Una historia que hoy se cruza, además, con la experiencia de ser personas mayores.

“Allá reciben a todo el adulto mayor que vaya. Hay inclusión. Fíjese que a nosotros siendo de Pudahuel nunca nos han cerrado las puertas. Todas las chiquillas son buena onda. Nos tratan bien. ¿Cómo no vamos a ir si a uno lo tratan bien? Yo estoy muy agradecido de que nos hayan aceptado”.

Mientras Juan hace una pausa, Ana María agrega: “uno se hace el tiempo para ir. En la *Fundación* hay un respeto único. Hay muy buen ambiente, hay bonitas amistades, nunca un problema. Si uno puede ayudar en algo, la gente es solidaria. Es muy bonito ese centro. Uno tiene que pensar que hay mucho adulto mayor que está abandonado por la familia. Nosotros estamos solos los dos, nuestras hijas cada una tiene su vida y hay gente que está viuda. Para todos la *Fundación* es muy importante, es un lugar donde uno puede estar con más gente... Yo le pido a Dios que nos de la fuerza para tener energía para seguir yendo y llevar gente”.

Juan y Ana María se miran. Él enfatiza: “La *Fundación* es como ir a un club de la amistad”.



3. LA HISTORIA DE  
SABRINA:

## Quiero tener mi plata, mi auto y mi casa

A Sabrina una de las cosas que más le gusta hacer en la *Fundación* y en la vida, es escuchar música y bailar. Durante el año un furgón la pasa a buscar y a dejar a su casa, al igual que a varios de sus compañeros del taller de apresto laboral *El Trébol*, pero en el verano se mueve sola en micro.

“Hace dos años llegué aquí porque la Tía Claudia<sup>1</sup> me mandó a la *Fundación*. Mi mamá me trajo en la micro y fue muy bonito y bueno cuando vine. Estar aquí es una bonita experiencia”.

Sabrina fue desde niña al colegio. Primero al Colegio Quillahue y luego al Juan XXIII. Su mamá, Hortensia, cuenta que el haber sido madre de una hija con discapacidad intelectual a los 19 años fue una realidad que le costó comprender y asumir. “Para mí fue terrible, en un comienzo lo tomé con pena. En mi familia no teníamos idea qué era la discapacidad. Íbamos para todos lados con ella, yo lloraba y no entendía nada, no sabía nada y fue difícil. Incluso hay veces que todavía como mamá me siento culpable. Por eso para nosotros la *Fundación* ha sido un tremendo apoyo, porque si la Sabrina estuviera acá en la casa no haría nada. Allá se siente bien con sus pares y sus semejantes, y eso le ha servido”.

Lo que Sabrina denomina una “bonita experiencia” tiene muchos matices significativos para ella. “A mí me gusta porque acá es otro aire, me gusta la gente. La gente es muy simpática conmigo... amables. Me gusta hacer pan con la Tía Edith<sup>2</sup> que es buena onda, me aguanta todo y nada que decir. Estoy agradecida. Agradecida al 100%.

He aprendido a hacer pie de limón, tartaletas, roscas, a batir para hacer merengues. La tía Edith me enseña y yo aprendo lo que venga. Y también he aprendido a compartir con todos y a lavar la loza y secarla.

Además, me gusta ir a la feria con mis compañeros y también hacer telar en la sala. Escuchar música, escribir y cuando hacemos zumba. Ahora estoy bailando *Thriller*, el baile de los muertos. Eso es bueno, que la pasamos bien aquí en la *Fundación*”.

El interés de Sabrina por aprender y participar tiene para ella un objetivo claro: “Lo que quiero es quedar trabajando y tener mis cosas. Mi plata, mi auto y mi casa. Me gustaría trabajar en lo que venga. Yo estoy disponible para todo. Y también me gustaría andar sola en micro para no tener que venirme en el furgón. Y me gustaría tener plata para sacar a pasear al Christopher (su pololo y participante del mismo programa) y decirle “Christopher te invito a pasear y salir a tomar un helado solos, o con mi suegra”. Luego se corrige: “mejor los dos solos no más”.



Y con el entusiasmo que visiblemente va generando en ella el pensar y compartir lo que significaría cumplir sus sueños, agrega: “Me gustaría tener mi casa en Buin porque está mi hermano allá. Me gusta Buin. Me gusta el aire, la plaza y las casas. Me quedaría con el Christopher allá. Yo le digo al Christopher: por qué no me comprai una casa en Buin, y él me dice “ya mi amor””.

En las actividades del programa también comparte esta expectativa de futuro. Se le ve a diario cómoda y alegre. Hortensia, su madre, dice que eso es porque la *Fundación* es su segundo hogar y ha encontrado en las tías que trabajan a personas muy cercanas. “Yo encuentro que ha avanzado mucho allá. Acá en la casa es muy regalona. Allá, ella recibe órdenes y trabaja. Veo que mi hija está feliz y eso se los agradezco”.

Y Sabrina confiesa que la percepción de Hortensia es cierta y que en este proceso ha tenido que hacer cambios importantes. “A mí no me gusta que me manden, pero ahora aguanto que me manden. Ya me calmé y cambié hartito el carácter porque ahora voy a tener una sobrina y porque quiero trabajar. Como le dije, yo estoy disponible para todo”, porque quiero tener mi auto, mi plata y mi casa”.

<sup>1</sup> Claudia Suzarte, Educadora de la *Fundación*.

<sup>2</sup> Edith Ortiz, Educadora de la *Fundación*.



#### 4. LA HISTORIA DE BERNARDA:

**La gente de la comuna sabe que en la *Fundación* no es un número ni una ficha**

**B**ernarda cuenta que incluso transcurridos 22 años desde que se incorporó como voluntaria en la *Fundación* para apoyar la labor que realiza el Doctor Fernando Ferreiro<sup>1</sup> atendiendo a la comunidad, todavía la noche antes de cada martes no duerme pensando en que podría quedarse dormida o no tener listo todo lo necesario para las atenciones. “El Doctor dice que eso me pasa por mi sentido de responsabilidad”.

Son más de dos décadas desde que partió en la *Fundación*, pero muchos años más desde que se sintió llamada a apoyar a la comunidad a partir de distintas actividades. Bernarda llegó a la Capilla Juan XXIII en Pudahuel siendo joven, recién casada, con un hijo y muchos problemas económicos. “Llegué a la capilla a hablar con la Madre Mariana<sup>2</sup> desesperada de no tener donde quedarnos... donde vivir. Ella le preguntó al Consejo Pastoral si nos podíamos quedar ahí unos días mientras buscábamos algo y nos dejaron quedarnos un mes. Cuidábamos, regábamos, cerrábamos portones, hacíamos aseo, etc.

Cuando pasó el mes la *Hermana* nos dijo que no nos fuéramos. Nos ayudaron y le consiguieron un trabajo a Roberto, mi marido, y hasta le compraron zapatos a mi hijo. Desde que estuvimos ahí mi hijo nunca más supo de no tener comida o no tener ropa. Fue una experiencia y una etapa hermosa el conocer gente tan buena, acogedora y jugada por la iglesia. Ahí logramos empezar a ahorrar plata para postular a una casa”.

Durante esos años, de mucha pobreza para la comuna de “Barrancas” y de tiempos difíciles para el país por la dictadura, Bernarda se hizo parte en la capilla de un grupo de voluntarios, monitores y amigos que preparaban ollas comunes. “Pedíamos pan, huesitos, íbamos a la feria y yo me hice cargo de la bodega. Cocinábamos, por turno, como para 70 personas. La gente que más llegaba era la de los campamentos, porque había muchos campamentos en esos tiempos. También el *Hogar de Cristo* nos aportaba con cosas. Con eso, más el aporte que hacía la gente, aunque era bajísimo, hacíamos pantrucas, lentejas, porotos y dábamos leche porque nos llegaba en saco.

A la una ya teníamos listo el almuerzo y era impactante ver cuando la gente llegaba con su tarrito o con su ollita a buscar la comida para llevarla para la casa. Era mucha la pobreza y en todo, la iglesia era súper importante”.

Fue después de varios años, y mientras Bernarda también apoyaba las labores que hacía la Iglesia con personas víctimas de la represión militar poniendo inyecciones, extirpando balas y curando heridas, que le salió su casa. “Un día llegó mi cuñado en bicicleta y me dice: “comadre le traigo una noticia: a usted le salió la casa”. ¡Yo no lo podía creer!”.

La noticia fue un real alivio para todos porque en ese tiempo ya se habían sumado también al grupo familiar su tía Elba y su prima Marta, con discapacidad intelectual. Y la convivencia con Marta se había transformado en un tema recurrente entre ellos. “Mi prima se portaba súper mal y yo la llevé a un doctor para que viera qué hacer... para que le dieran algo, porque yo ya me estaba enfermando de los nervios. Ahí me dijeron que lo que a ella le pasaba era que no hacía nada, entonces me recomendó que fuera a un centro que había más abajo, donde podía participar de algunos talleres para personas con discapacidad y así llegué a la *Fundación*. Cuando fui estaba la Kris<sup>1</sup>. Me recibieron y me fue súper bien”.

Fue en esa misma oportunidad en que Bernarda fue a *Cerro Navia Joven* a ver lo de la Marta, que la Yoli<sup>4</sup>, educadora de la *Fundación* y conocida por ella del sector, salía de vacaciones. “La Yoli me pidió si podía ayudar al Doctor que atendía a la comunidad durante esos días que ella no iba a estar y servirle un cafecito. Desde ahí no nos separamos más con él. Calzamos súper bien los dos y tuvimos mucho *feeling*. Me quedé de voluntaria, empecé a aprender y me enseñó de los remedios y de todo.

En esos años, que estábamos recién empezando con las atenciones yo traía una sábana de mi casa que era de la Camila (su segunda hija) y la Paty Banda<sup>5</sup> traía una camilla de campaña. Así atendíamos. Era tan lindo, nos arreglábamos con lo que teníamos.

La gente se sentía acogida, se venía temprano para puro conversar. Hacíamos charlas de salud,



compartíamos desayunos saludables, hacíamos caminatas con la gente. Después hasta nos juntábamos por fuera porque se formó un grupo que veía que no éramos como consultorio. La gente sabía que en la *Fundación* no era un número ni una ficha. Acá el Doctor es un amigo, una persona que se da su tiempo para atender. Y eso me sirvió porque yo también soy bien cercana a los pacientes del doctor”.

En esta labor de voluntaria también ha sido fundamental Cecilia Coggiola, su compañera de equipo en el voluntariado. “Con la Ceci hemos formado una muy buena dupla. Ella es muy ejecutiva. Nos complementamos súper bien. Ella hace la parte más administrativa y yo ayudo al Doctor con la glicemia, presión... todo lo que necesita del paciente antes de ser atendido. Es una gran compañera, muy linda persona y siempre nos hemos apoyado en todas las cosas que hemos vivido. También en momentos tristes y difíciles”.

La *Fundación* significó entonces para Bernarda, no sólo un apoyo para su prima Marta sino además un proyecto de vida con el que se vincula hasta la actualidad. “Para mí la *Fundación* ha sido una bendición porque aquí he conocido de todo. Porque el hecho de poder entregar un granito de arena con lo que hago de voluntariado ha sido súper rico. Porque tengo un feeling muy bueno con los pacientes y como soy del sector los veo en todas partes: en la feria, van a mi casa y con el Doctor nos estamos llamando siempre. Acá he aprendido mucho”.

Y enfatiza: “La *Fundación* es una gran ayuda para la comunidad, porque cuántos chiquillos hay acá participando y se nota que los cabros están contentos. Los chiquillos con discapacidad intelectual tienen donde estar, se sienten queridos, se sienten útiles. Eso mismo yo lo vi con la Marta cuando empezó a venir porque aprendió a ayudar en la casa. Los jóvenes aquí salen aprendiendo y eso hace que la vida de los demás sea más llevadera, porque para las familias esto también significa un respiro. A mí además me apoyaron mucho cuando murió mi prima y Roberto (su marido). Todos se pusieron a disposición mía. Esas son cosas que no se olvidan y que hacen que uno tenga siempre la camiseta puesta por la *Fundación*”.

<sup>1</sup> Doctor Fernando Ferreiro, Endocrinólogo y voluntario de la *Fundación* por más de 23 años.

<sup>2</sup> Hermana Mariana Díaz, religiosa de la comunidad *Juan XXIII* de Pudahuel.

<sup>3</sup> Kristel Asselberg, cooperante belga.

<sup>4</sup> Yola Marechal, Educadora de la *Fundación*.

<sup>5</sup> Patricia Banda, Educadora de la *Fundación*.



5. LA HISTORIA DE PABLO:

## **La *Fundación* nació haciendo visible la exclusión invisibilizada y ninguneada de la época**

El Padre Pablo Walker dice que el lugar donde vive hoy (una modesta y pequeña casa en La Granja junto a otros dos sacerdotes) se parece mucho al lugar donde vivió en Cerro Navia el año 95. En esos años estaba terminando el magisterio, que “es como la práctica pastoral” y le tocaba retomar los estudios de teología. Fue en ese proceso, estando en el encuentro de provincia de los Jesuitas, cuando lo abordó el Padre Eduardo Silva S.J., fundador y Capellán de la Fundación, para contarle de este proyecto denominado “*Cerro Navia Joven*” que recién comenzaba. “Eduardo me fascina con este proyecto que tenía dos caras: por un lado la presencia de los Jesuitas en la comuna, porque tenían una casa de inserción donde ya vivía Eduardo, José Correa<sup>1</sup> y Guido Jonquieres<sup>2</sup> y donde además, Eduardo estaba tratando de que estudiantes se fueran a vivir a la comuna, a casas sencillas, donde hicieran la vida del poblador, se involucraran pastoralmente en el territorio, y en eso completarían su formación sacerdotal con una mirada de iglesia más ancha que sólo la Compañía”.

La invitación lo fascinó y la aceptó. “Por esa época se vivía una suerte de primavera o verano eclesial en la comuna. Había muchas comunidades de religiosos que acompañaban a las comunidades de base en sus capillas a través de consejos, mediación, inspiración, nutrición del evangelio y de mirar la realidad social desde Jesús, pero desde la autogestión laical. Y todo este contexto era una excelente escuela de formación para el sacerdocio que era lo que yo estaba viviendo. Era vivir una experiencia eclesial distinta. Una experiencia nutrida y movida por la responsabilidad y la autogestión de los laicos”. Y sobre ello profundiza: “Uno veía como los laicos eran los animadores de la fe y no estaban a merced del genio o del carisma de un cura para darle identidad y sentido a su iglesia. Eso que sucede y sucedía en Cerro Navia, es inspirador.

En particular, en ese contexto, eran los últimos años de una organización pastoral que se llamaba *Unidad Pastoral Resbalón*, donde se abordó comunitariamente la situación de la falta de sacerdotes en el territorio. Lo primero que me pidieron fue acompañar a los jóvenes de esa unidad. Ahí estuvimos con la Patricia Banda<sup>3</sup> y Sergio Chinchón<sup>4</sup>. Yo tenía 26 años y teníamos la vida cotidiana de un grupo juvenil. Después ellos fueron, cuando la Nini<sup>5</sup> y la Monse<sup>6</sup> se consiguieron la mediagua para echar a andar la *Fundación*, algunos de los primeros voluntarios y luego trabajadores de *Cerro Navia Joven*”.

Para Pablo fue importante no sólo ver el trabajo que estos jóvenes empezaban a hacer por su comunidad sino, además, el particular sello con que se erigía la *Fundación*. “Los principios eran claros: era un lugar prioritario de compromiso de apostolado, que nacía del seno de la iglesia comunitaria, haciendo visible la exclusión invisibilizada y ninguneada de la época, recibiendo ayuda, pero siempre como soporte. Todos quienes nos sumábamos como voluntarios debíamos tener la actitud de apoyar, de celebrar el potencial que existía en el lugar, sin asumir ningún tipo protagonismo.

Y así recuerdo que partió Sergio con el grupo de chiquillos de las esquinas donde hubo que hacer los primeros discernimientos sobre cómo hacer de esa casa de acogida para jóvenes un espacio donde pudieran llegar personas de distintas pandillas, por ejemplo.

Hubo un tiempo en que me tuve que ir pero después volví. Tenía el corazón tomado por Cerro Navia. Veía a la Blanquita<sup>7</sup>, a la Rossana<sup>8</sup> en todo lo que nos ayudaron también a formarnos. Ellas, que eran mujeres de la población comprometidas y dispuestas en colaborar a formar a los curas de su comunidad.

Había una mirada de comprender a Jesús como un capitán mirando un territorio. Pero lo que se buscaba no era el desembarco de gente talentosa que llega a solucionar problemas, por el contrario, el ejercicio era y es, llegar a aprender de ellos, de los más pobres, en un



proceso de explicitación de su propia dignidad y de sus capacidades. Uno está al servicio de ellos porque reconoce en el otro a Jesús, a un maestro y eso implica que toda ayuda externa es sólo escenario y tarima para que los otros muestren sus talentos”.

Ya transcurridos veinticinco años, esta experiencia aún tiene repercusiones para él. “Hoy día me hace todo el sentido lo que viví en la comuna. En las poblaciones es el lugar donde debemos formar a los sacerdotes que se están preparando. Si están las condiciones debemos querer estar ahí. Y aunque en algunos espacios hemos logrado que se respire otra iglesia, aún la relación de dominio sigue siendo un desafío pendiente. Es decir, el esfuerzo sigue siendo el mismo. A eso hay que sumarle el desafío que implica también, el egoísmo que instala el capitalismo que hace que el modelo de vida en comunidad sea un cacho para la gente, una lata. Finalmente, desde los '90 hemos vivido una modernización que tiene todos los resultados de tu satisfacción reducidos a los espacios de tu casa.

En este contexto es que me sobrecoge y me admira *Cerro Navia Joven*, porque es un milagro la cultura que ha heredado y que ha cultivado y contagiado por décadas. Es la mirada que comprende que las personas son sujetos no objetos”.

Si bien Pablo ha tenido en estas décadas otros muchos roles al interior de la Compañía, entre ellos el haber sido Capellán del *Hogar de Cristo*, aún mantiene vivo el vínculo con la *Fundación*. “Después de haber sido dos años voluntario hoy participo para las celebraciones litúrgicas de Navidad, de 18 de septiembre y para algunos otros hitos. Y a veces también, me ha tocado decidir de qué color pintar los centros comunitarios”. Lo dice mientras se ríe, sabiendo que su decisión de que sean naranjos no ha pasado desapercibida para los que hoy son voluntarios como lo fue él, los educadores, entre los cuales aún conserva a sus amigos del grupo de jóvenes, y para la comunidad que lo inspiró.

<sup>1</sup> Sacerdote de la Compañía de Jesús. Comunidad de Cerro Navia.

<sup>2</sup> Sacerdote de la Compañía de Jesús. Comunidad de Cerro Navia.

<sup>3</sup> Educadora de la *Fundación*.

<sup>4</sup> Educador de la *Fundación*.

<sup>5</sup> Niniza Krstulovic, Directora Ejecutiva de la *Fundación*.

<sup>6</sup> Monserrat Baranda, Educadora que participó en la creación de la *Fundación*.

<sup>7</sup> Blanca Vivanco, Encargada Talleres Laborales de la *Fundación*.

<sup>8</sup> Rossana Vergara, Encargada Centro de Adulto Mayor “3 de Julio” de la *Fundación*.



Fue a los 23 años cuando a Jorge Reyes le diagnosticaron esquizofrenia, pero ya antes de eso se daba cuenta que “tenía ideas raras”. Creía que le hablaban por telepatía, sentía que las personas con las que compartía estaban conspirando contra él, en momentos se creía Jesús, en otros el diablo, Moisés y distintos personajes de la biblia. Tenía delirios paranoicos y mesiánicos. No entendía bien lo que le pasaba y su incertidumbre aumentaba con el consumo de pasta base y alcohol.

6. LA HISTORIA DE JORGE:  
**Sentía  
que me  
hablaban  
por  
telepatía**

Jorge creció en Cerro Navia. Junto a sus padres y dos hermanos. Vivieron durante muchos años en “Las Viñitas”, una de las poblaciones emblemáticas de la comuna. “De niño me acuerdo de mucho juego con los amigos, no juegos virtuales, juegos más espontáneos. Jugábamos al comando, al paco-ladrón, al pegar pegar, a las bolitas y al trompo. Hicimos harta vida de barrio. Hasta cazábamos guarenes y atrapábamos culebras y lagartijas en el sector de la Hondonada.

Salíamos mucho porque las casas eran chicas. Uno se andaba rozando con los vecinos en los pasillos. Y todo era más complicado porque había más delincuencia, a veces balazos, harta drogadicción y no se podía andar por las calles tranquilo, pero igual se sobrevivía. Después nos ofrecieron una casa y nos cambiamos a la población Lomas del Prado”.

Jorge estudió en dos colegios distintos del sector la enseñanza básica y luego la media. “Los dos colegios fueron una muy buena experiencia para mí. Tengo buenos recuerdos. Pero en cuarto medio empecé a descubrir cosas nuevas como las drogas y el alcohol. Por crearme más choro y sentirme más integrado con los amigos y los más pulentos, no me daba cuenta de lo que estaba haciendo y cómo me iba perjudicar en una edad mayor. Me fui involucrando y después vino el duro camino que es salir de eso, porque lo mío era policonsumo”.

Esos años de consumo escolar se extendieron en el tiempo. Veintitrés años tenía Jorge cuando le diagnosticaron esquizofrenia que en su caso se sumaba a adicciones a drogas y alcohol. Los especialistas que lo vieron, además de indicarle los remedios que debía comenzar a tomar, le hablaron de *Cerro Navia Joven* y de las oportunidades de rehabilitación y actividades que podría encontrar.

Consciente de que empezaba un nuevo proceso de vida, Jorge comenzó a participar activamente en la *Fundación*. “Acá conocí a los educadores y me entregaron las herramientas para poder dejar la droga, también herramientas para expresarme mejor porque me puse muy tímido con los medicamentos que me dieron y me costaba mucho comunicarme. Fui aprendiendo



a expresarme y también a querer aspirar a otras cosas. Me fueron motivando a cambiar.

En la *Fundación* me siento como en mi casa. El trato es muy bueno, las personas son muy generosas. Nunca una queja. Y todos los chiquillos del programa que participan están en la misma que uno. Uno se da cuenta que todos los cabros están luchando”.

A Jorge le ha tomado cerca de seis años este camino de rehabilitación y ya mirando su historia en perspectiva identifica varios logros: “Me puse más cooperador en la casa, porque antes no ayudaba en nada. Y como aquí aprendí repostería ahora hago queques, pie de limón y hasta tortas. También sé hacer empanadas y pizzas. Y cuando hago esas cosas en mi casa mis papás quedan súper contentos porque compartimos un espacio de conversación, nos reímos y disfrutamos de todo lo que yo he aprendido. Hoy día puedo decir que mi familia me tiene confianza, me dejan las puertas abiertas, las cosas de valor y me mandan a comprar con plata. Ya tienen total confianza en mí”.

Este trayecto recorrido para recuperar la confianza personal y la de su entorno ha sido un proceso largo y arduo, en el que Jorge enfatiza que salir de la droga ha sido lo que más le ha costado en su vida. “Tuve muchos tropiezos para llegar a un estado de perfección. Hoy día no consumo nada. He estado mucho tiempo en rehabilitación y ya no quiero volver a estar en terapia. Aprendí qué son los factores protectores, a comunicarme, a mandar SOS, también sobre mis medicamentos y de inteligencia emocional. Aprendí a darme cuenta cuando me venían esas ganas de volver a consumir y revertir. A tener herramientas para enfrentar ese momento. Porque esto es como una enfermedad que de repente brota y uno tiene que estar firme y no confiarse. Hoy día me siento firme”.

Y esa firmeza se proyecta en sueños: “Me gustaría trabajar en algo como reponedor, bodeguero o en repostería. Me gustaría en el futuro tener una familia propia e independencia total. Pero mi sueño más grande es ser feliz y ahora lo estoy logrando. Voy para allá”.



7. LA HISTORIA DE  
ALICIA:

## Cooperar es ayudar con calor o frío

Alicia dice que la jubilación se hace poca pero que “teniendo salud uno se acomoda a las cosas”. Y así lo ha hecho ella con su marido, con quien lleva casi 50 años juntos. Los dos pusieron un pequeño negocio en la casa, que abren los jueves y domingos, para vender té, café, sopaipillas, empanadas y churrascos a la gente de la feria.

“Ya tenemos nuestra clientela formada. La gente sabe que lo que vendemos es todo fresquito. Yo preparo el pino y mi marido la masa”. Este negocio además de darles un ingreso extra y mantenerlos activos, no se topa con la responsabilidad que desde hace 4 años ella decidió tener con su único nieto, Cristóbal, apoyando a su hija en la crianza y asumiendo, además, como apoderada de él en el jardín.

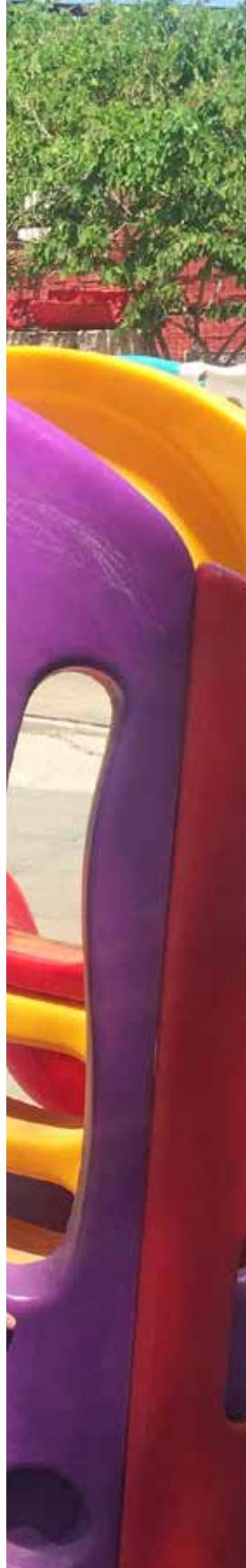
“Mi yerno vende autos nuevos en una automotora y mi hija Natalia trabaja hace más de 10 años de supervisora en Transantiago. Los dos son muy trabajadores y responsables, así es que yo soy la que veo al niño”.

En este contexto fue la propia Alicia quien debió tomar la decisión sobre la educación pre escolar de su nieto. “Cuando tuvimos que decidir en qué jardín meterlo yo quería que fuera cerca de la casa, pero pensaba que Cristóbal no iba a querer quedarse o que las tías me iban a llamar para decirme que lo fuera a buscar porque quería volverse. Y yo quería criarlo y que fuera independiente, igual como yo había criado a mi hija”.

Mientras tomaban esa decisión un día, por casualidad, llegó a la casa Jaime, yerno de la Yoli<sup>1</sup>, y les recomendó que matricularan a Cristóbal en el *Jardín Los lagos* de la *Fundación*. Les comentó que era muy bueno, acogedor y que se destacaba por su proyecto educativo. “Me dijo de los papeles que teníamos que llevar y que hablaríamos con la Tía Paty<sup>2</sup>. Así es que fuimos. Cuando llegué fue como que hubiera conocido el jardín de años. Entrando a uno lo reciben bien al tiro y cualquier tía. Lo mismo en la sala cuando llegan los niños. Eso es muy lindo.

De eso han pasado ya más de dos años y a Cristóbal le encanta ir al jardín. Lo ha pasado súper bien y le encanta estar con sus compañeros. A las tías les tiene un respeto único y ellas lo quieren mucho a él, también. Son personas que están siempre preocupadas de los niños. Les dan su desayuno, su almuerzo, los peinan, hacen que se laven los dientes.

Para mí es muy importante eso, que mi nieto esté siempre limpio, que sea acomodado y que esté dispuesto a ayudar a los demás. Tiene que ser atento y aprender a ser responsable en todas partes. Y lo veo como en el jardín ayuda, guarda las sillas”. Se toma unos segundos y luego agrega: “También sabe mucho, no es porque sea mi nieto, pero se sabe todas las banderas. Si hasta está escribiendo. Sabe las vocales, los números, sabe expresarse muy bien. Es bien



delicado para hablar y tiene harto vocabulario... ojalá que sea así hasta grande”.

Alicia sabe que estar y participar del desarrollo de los niños es importante. Ella empezó trabajando a los 14 años como nana puertas adentro y puertas afuera, después trabajó en una cocinería en Maipú y durante muchos años salía temprano de su casa y llegaba en las noches, tarde. Natalia, su única hija, repitió séptimo básico y ese hecho, que sintió como una frustración personal, más los consejos de unas sobrinas, le hicieron ver que todo lo que ya había aprendido lo podía poner en práctica abriendo un negocio en su casa vendiendo alimentos, asegurándose así de no perder su ingreso económico, pero, sobre todo, dedicándole el tiempo y la atención que necesitaba Natalia en su proceso de crecimiento. Ese “estar” hoy también es fundamental en su participación en la vida de Cristóbal.

“A los niños les dan todas las cosas aquí, entonces uno también tiene que cooperar con algo, no sólo para el niño de uno sino para todos. Y eso se hace participando y ayudando, aunque haga calor o haga frío. Yo les digo a las tías que mientras pueda estoy en sus manos para ayudarles y cooperarles en lo que sea, yo encantada, porque estoy tan agradecida. Uno sabe que trayendo a los niños aquí puede estar tranquila porque están en buenas manos”.

Para ella la suma del esfuerzo que se hace desde la familia y desde los espacios educacionales, son fundamentales en el desenvolvimiento futuro de los niños. “Yo siempre he hecho mi mayor esfuerzo para tirar para arriba a Cristóbal y que esté siempre bien, por eso yo quiero que mi niño termine sus estudios de cuarto medio y sepa lo que quiere hacer... que tenga sus estudios, sería lo más lindo”.

<sup>1</sup> Yola Marechal, Educadora de la *Fundación*.

<sup>2</sup> Patricia Banda, Educadora de la *Fundación* y Directora del Jardín.

8. LA HISTORIA DE  
GABRIELA:

## Derrumbar el círculo de la pobreza es posible



Gabriela Rubio dice que desde muy chica nunca imaginó otra cosa que no fuera ser profesora y esa vocación se fue desarrollando tempranamente a través de sus papás, quienes eran activos miembros de la Iglesia Católica y junto a quienes participó en muchas actividades sociales, vinculadas a Cerro Navia, la comuna donde ella creció y aún sigue trabajando.

Hoy es la Jefa UTP de la Escuela pública, Paulo Freire y lleva en ese cargo 5 años. “Antes de llegar aquí trabajé 16 años como educadora de párvulos y luego como profesora en escuelas de Cerro Navia. He tenido ofertas para trasladarme a otros sectores, pero hay algo tan fuerte con la comuna, un vínculo, que siempre me he quedado. Yo soy parte de esta comunidad y me es difícil pensar en salir de este espacio donde yo siento que he logrado cosas y he visto que mi trabajo ha hecho un aporte, porque tengo una visión bien rebelde y crítica de la educación. Nunca he estado muy de acuerdo con seguir la cosa tan formal que las autoridades imponen. Yo he logrado, y ahí está mi aporte, tomar la formalidad que nos exige el Ministerio y aterrizarlo a la realidad de los niños y niñas con los que trabajamos.

Y eso pasa porque en esta escuela todos los docentes hacemos sentir a los niños que creemos en ellos, que pueden y que van a ser capaces de cumplir lo que se propongan. Que a pesar de todas las experiencias malas que puedan tener, nuestras expectativas hacia ellos son muy altas”.

Fue en este contexto y en esta comunidad, que la *Fundación* el 2013 comenzó a realizar un intenso trabajo con la escuela a través del programa VALE. El objetivo en esos años: promover en los niños, niñas y jóvenes su permanencia en el sistema escolar y la valoración positiva del colegio. “Hubo un tiempo en que estábamos llenos de organizaciones que deambulaban por aquí con algún propósito y poco conocíamos cuales eran las que tenían un real impacto. De hecho, una de las tareas que tuve cuando asumí este cargo fue ver cuál de estas instituciones hacían un aporte real, y de manera bien radical sólo nos quedamos con un par, entre esas *Cerro Navia Joven*.

Logramos hacer un trabajo tan coordinado con la *Fundación* que ellos nunca se vieron como una parte fuera de la escuela. Siempre se pusieron al servicio de nosotros. Hemos sido muy cómplices en todo este proceso y por eso llevamos tanto tiempo trabajando juntos, construyendo desde lo que aporta *Cerro Navia Joven* y lo que aporta la escuela. Eso hace que la pertinencia del trabajo sea increíble. La *Fundación* fue capaz de mirar desde dentro lo que la escuela necesitaba y nosotros darnos cuenta de qué era lo que nos hacía falta.

Lo primero que aprendimos con la *Fundación* fue a coordinarse con otros que no son docentes: con trabajadores sociales, psicólogos, terapeutas y con la misma comunidad. Nos dimos cuenta que nos teníamos que coordinar con personas que no eran propios de nuestro espacio porque sino la escuela puede ser una unidad bien cerrada. Ellos nos dieron la visión de abrirnos”.

Mirando hacia atrás estos cinco años transcurridos, para Gabriela el impacto y los resultados de este proceso se han visto especialmente en dos instancias organizadas por

la *Fundación*: un taller que se hizo con personas mayores de la comunidad donde se promovía el vínculo entre ellos y los niños y niñas, que ha salido sistemáticamente como una actividad altamente valorada en las evaluaciones, y la otra, el taller de teatro que hiciera Matías Pozo<sup>1</sup>.

“El taller de teatro fue muy importante para nosotros. Fue muy potente para todos y para los niños fue muy significativo, porque a través del juego simbólico detectamos cosas que en conversaciones normales no habríamos podido prevenir o ver a tiempo. Una de ellas fue la deserción escolar. Fue tanto así, que el tiempo en que Matías realizó ese taller no tuvimos ninguna deserción. Y aunque el taller había sido definido para darse solo en 6to (que es donde empiezan las deserciones), con la ayuda de la *Fundación* logramos replicar el taller en otros cursos desde 5to a 8vo y mantener la cifra de cero deserción durante ese período”.

A partir de estos y otros logros, donde la *Fundación* ha sido un aporte, Gabriela continúa su relato revelando la pasión que la mueve en este desafío profesional y personal: “aquí en general, los niños son sumamente respetuoso, inteligentes y muy motivados por aprender. Son niños carentes de mucho afecto y muchas veces su entorno parental está bien dañado, pero desde ahí trabajamos tratando no de reparar, porque es muy difícil reparar eso que ya está roto, sino tratando de aportar desde el vínculo. Son niños que, a pesar de todas sus carencias económicas, saben que creemos en ellos, que piensan y sueñan en un futuro... Yo soy de Cerro Navia y pude, por eso sé que es posible cortar y derrumbar el círculo de la pobreza que aún hay en esta comuna”.

<sup>1</sup> Actor y educador del programa VALE



9. LA HISTORIA DE  
CRISTIAN C.:

**Yo sé que  
puedo ser  
alguien en  
la vida**

**D**esde hace seis años Cristián Cañas ahorra una parte del sueldo que recibe mensualmente por su trabajo en la Lavandería Elis, otra la destina a cosas para la casa y cada tanto, gasta un poco en darse un pequeño lujo.

“Con mi mamá vamos juntos al supermercado y compramos de todo. Yo siempre apporto. Compró mantequilla, detergente y todo lo que se necesite. Me preocupo de que no falte nada. Y a veces también me compro algo para mí. Hace poco me compré una radio con cd y pentdrive, la otra vez me compré una cama nuevecita, mi velador y ahora estoy pintando la casa”.

Esta rutina que tienen con su madre partió luego que Cristian comenzara formalmente a trabajar en la lavandería industrial más grande del país, que le ha permitido además de independencia económica, ser distinguido durante dos años consecutivos como el trabajador más responsable, comprometido y dispuesto de la empresa, junto a Saúl, otro compañero que tuviera durante años en la *Fundación*, y con quienes comenzaron en paralelo el proceso de inserción laboral.

El camino recorrido ha sido largo. Cristian, teniendo una discapacidad intelectual leve, fue al Colegio desde muy chico: “primero fui a un colegio normal. Me costó un poco en ese primer colegio, entonces ahí me dijeron que fuera a un colegio especial para que yo pudiera aprender mejor. El colegio era bueno, aprendí muchas cosas. Hacían trabajos, hacían deportes y muchas actividades. Me hice amigos de muchos compañeros y compañeras y me llevaba bien con todos los profesores. Nunca tuve ningún problema”.

Luego de graduarse, Cristian participó en unos talleres de mueblería, pero estuvo unos pocos meses porque el ambiente no le pareció favorable para seguir aprendiendo un oficio en el que poder desenvolverse. “Todos los jóvenes que habían molestaban mucho, pasaban tirándose encima unos de otros. Yo quería aprender, pero no podía, así es que me retiraron y me fui para mi casa”.

Y estuvo en su casa un buen tiempo hasta que una asistente social fue un día a visitarlos y les contó de la existencia de la *Fundación*, “nos dijo que allá abajo había unos talleres donde yo podía ir. Y así llegué a *El Trébol*<sup>1</sup> y me recibió la Tía Edith<sup>2</sup>.”

En *El Trébol* aprendí a hacer todo tipo de cosas de repostería: pan, dobladitas, pan de pascua, queques, calzones rotos y roscas. Yo ocupaba las máquinas para hacer el pan. Justo ahí llegó otro compañero que se hizo muy amigo mío y trabajábamos los dos: el Freddy. Con él hacíamos el pan y aprendí mucho”.

Cristian fue uno de los primeros jóvenes en participar de la “Discapacidad Intelectual” en la *Fundación* y uno de los primeros también, en egresar del taller de apresto laboral para pasar a



los talleres laborales protegidos (una lavandería industrial y una elaboradora de merengues).

“Aquí en los talleres empecé a trabajar. Empecé con los merengues. Yo hacía más nidos y discos. Trabajaba con el Carlos que todavía está aquí. Después de que aprendí como funcionaba todo se lo enseñé a él para que aprendiera también. Aquí en la *Fundación* aprendí a usar los hornos... eso era práctica no más”.

Tras años participando en los merengues, preparándose y capacitándose a la espera de cumplir el sueño de tener un trabajo formal, se generó una oportunidad. La lavandería *Elis* confirmó su disposición a recibir dos jóvenes de la *Fundación* y ser parte del proceso de inserción laboral. Cristian y Saúl tomaron esa oportunidad.

Cristian dice que uno de los desafíos más importantes que debió enfrentar fue la autonomía de moverse en el transporte público. “Para los talleres yo me venía en bici, pero yo para otras partes siempre andaba con mi mamá y mi hermana. Me daba pánico andar solo. Pero no fue tan difícil aprenderme el recorrido. Empecé a fijarme como tenía que llegar y ahora me voy en la 508, después en la 109 y esa me deja ahí mismo.

Y también salgo solo a otros lados. A veces me junto con alguna niña por ahí, damos una vuelta y después cada uno para su casa”.

La experiencia de aprender observando y de trabajar ha sido fundamental para Cristian y también para su entorno. “En mi familia mi mamá está contenta conmigo porque dice que he aprendido mucho, muchas cosas. Yo también estoy contento porque me hago valer por mí mismo; porque he aprendido, he mirado y me doy cuenta de que yo puedo y sé que puedo ser alguien en la vida”.

Y luego, con esa serenidad y templanza que lo caracterizan para conversar y compartir abiertamente la historia de su vida, vuelve al comienzo y agrega: “Yo todos los meses saco un poco de plata que uso para ir a comprar y lo otro lo deposito en el banco para tener algún día mi casa. Mi sueño es tener mi casita y mi familia, tener pareja... alguien al lado mío”.

<sup>1</sup> Taller de apresto laboral

<sup>2</sup> Edith Ortiz, Educadora de la *Fundación*



10. LA HISTORIA DE CRISTINA:

## El jardín es un aporte en integración para la población Los Lagos

**C**ristina termina tarde su jornada de trabajo como profesora jefa de un séptimo básico del colegio *Ministro Diego Portales*. Es licenciada en educación, la segunda carrera que estudió luego de haber hecho la práctica como analista de sistemas en una escuela y darse cuenta, en ese momento, que lo que realmente le gustaba era enseñar, traspassar a otros lo que ella sabía.

Tiene dos hijas, Fernanda de 10 y Anaís de 4 años. Con orgullo cuenta los logros de cada una de ellas y el desafío que le ha significado ser mamá compatibilizando la vida profesional con la vida familiar.

Todas viven en la población *Los Lagos* y Cristina conoce bien el sector porque nació y se crió en Cerro Navia. Durante su juventud fue una activa participante de las actividades de la Iglesia San Columbano. Hizo su primera comunión y se confirmó ahí. Participó de un grupo de jóvenes que hacían actividades sociales y fue en esos años que supo de la existencia del jardín en la *Fundación*. “Me dijeron que era un jardín súper bueno y que estaba enlazado con los valores que eran los mismos de la capilla *San Columbano*. Además en la iglesia estaba la Tía Paty<sup>1</sup> y su papá, a quienes todos conocíamos y sabíamos el compromiso que ellos tenían con la Iglesia.

Todo eso me dio confianza y a la Fernanda yo la deje súper chiquitita en la Sala Cuna, porque volví al tiro a trabajar. En ese año la sala cuna estaba recién iniciándose. Me acuerdo que hasta llevé una mecedora que después la dejé de regalo para que otros niños la fueran usando”.

Cuando llegó lo primero que le llamó la atención fue la calidez. “En el jardín se da una familiaridad especial, es como que todas fueran familia. Todas se preocupan hasta de lo más mínimo, mucho más allá de lo que deberían preocuparse. Cualquier cosa te avisan al tiro. Las tías son súper empáticas con lo que uno está pasando o puede pasar. Siempre están pendientes de uno... todo es de piel.

Uno las conoce y sabe como trabajan. Todas son un siete: la Ceci<sup>2</sup>, la Isa<sup>3</sup>, la misma Tía Paty que es tan cordial y tan humana. Todo eso hace que uno se vaya quedando. Por eso yo volví con la Anaís. Si entregué a mi hija ahí desde guagüita es porque confío plenamente y si entregué a la otra, es por lo mismo. Saber que en el jardín la gente es buena y que les da efectiva protección permite que uno pueda trabajar tranquila”.

Y agrega: “Como somos todos de ahí mismo, del sector, eso te provoca más confianza. Si las tías y la tía Paty viven ahí a la vuelta. Uno va a la feria y se las encuentra. Otra es vecina de mi mamá, entonces cómo no les voy a tener confianza. De hecho, cuando ha habido una crítica con alguna tía nosotros sabemos que las cosas no son así. Yo nunca he puesto en duda a una tía porque cuando



uno conoce a las personas de tantos años, uno no las pone en cuestionamiento. Yo misma he visto como se las juegan por los hijos de uno”.

La extensión horaria del jardín le ha permitido a Cristina tener espacio suficiente para desarrollar todas las responsabilidades en su trabajo y esa experiencia que ha logrado como profesora le permite tener una mirada especialmente aguda del jardín, en la que destaca el impacto que tiene en los niños y niñas participar de un proyecto educativo integral.

“Lo que más me gusta es que los niños compartan y estén insertos con las otras personas que están en la *Fundación*, como los jóvenes con discapacidad intelectual. También otras posibilidades que ofrece la *Fundación*, porque por ejemplo, la Anaís necesitó un kinesiólogo y ahí mismo la atendieron. Eso no deja de ser algo súper bueno.

Los actos que hacen también son maravillosos, las salidas pedagógicas, incluso las que hacen por el sector, por la población, cuando van a la feria o participan de corridas. Los han llevado también, al BuinZoo que es un paseo que hay gente que no tendría los recursos para hacerlo.

Por todo eso yo siento que el jardín ha sido un aporte para la población completa, ha sido integración e inclusión total. Tienen niños difíciles y las tías son súper pacientes. Nunca tenemos conflictos. Las tías siempre te escuchan cuando hay problemas y hemos formado muy buenos grupos con otros papás”.

Y en términos de conocimiento, la experiencia positiva que Cristina tuvo con la educación de Fernanda, su primera hija, hoy también la ve proyectada en Anaís. “Ella tiene cuatro años y sabe escribir su nombre, para mí eso es maravilloso. Sabe contar y contar en inglés. Canta. Todas esas cosas que ella ha desarrollado son gracias al jardín y a las tías que están ahí.

Cuando uno va a reunión ve los papeles en la sala con toda la planificación del año y ahí uno se da cuenta que no está mandando a su hijo al jardín para que se lo cuiden, sino para que realmente aprendan”.

<sup>1</sup> Patricia Banda, Educadora de la *Fundación* y Directora del Jardín.

<sup>2</sup> Cecilia Ruiz, Educadora del jardín de la *Fundación*.

<sup>3</sup> Isabel Rojas, Educadora del jardín de la *Fundación*.



11. LA HISTORIA  
DE KRIS:

## Una europea en Cerro Navia

**H**ace 22 años que Kristel Asselberg dejó definitivamente Chile y, a pesar de eso, mantiene un perfecto español que le permite transmitir desde el frío de Bélgica, su país de residencia, lo que fue la experiencia de cambiar de un día para otro radicalmente de realidad: dejar de vivir en uno de los países con mejor calidad de vida del mundo para llegar a una de las comunas más pobres de Chile.

Kris tenía 23 años, se había recibido de educadora diferencial y tenía un buen trabajo ejerciendo con adultos con discapacidad intelectual, pero algo había en esa estabilidad que no lograba resolverse del todo en ella. La inquietud por hacer algo en el extranjero que le implicara mayor entrega y más desafío social, comenzó a ser cada vez más fuerte. Con la convicción de cumplir con este deseo empezó a prepararse tomando cursos y estaba en eso, cuando le dieron la posibilidad de ir a un campamento de inmigrantes en Honduras. Lo pensó, pero luego a través de una persona en Chile supo del trabajo que estaba haciendo la religiosa y misionera belga Anita Goossens<sup>1</sup>, en Cerro Navia.

Especialmente motivada por lo que le comentaron de ella y del lugar, se animó y le escribió. Le contó lo que andaba buscando y que quería ir a Chile. Anita le respondió y le dijo que su propuesta llegaba en buen momento porque justo andaba buscando una persona joven para echar a andar el proyecto de una biblioteca popular en la población Las Viñitas.

Era 1990, recién regresaba la democracia a Chile, cuando Kris tomó un avión y llegó para quedarse a Cerro Navia. Vivió un año con Anita y luego se trasladó a una mediagua, en el sitio de atrás de una familia, en la población Santa Elvira. Esa familia que la recibió estaba viviendo momentos difíciles. Cercana a la fecha de su llegada, Mónica, la dueña de casa, había tenido una guaguüita con una discapacidad intelectual severa y además una epilepsia; una realidad que fue determinante en el rumbo de las decisiones de Kris.

“Con el cambio tuve que adaptarme a una vida más sencilla en muchos sentidos, pero mucho más importante que eso fue sentir el cariño de la gente de la población. Ver gente que en medio de tanta pobreza y de tanta injusticia tenía siempre tanto ánimo, tanta fuerza para organizarse, apoyarse y salir adelante, era impresionante. El poder trabajar con ellos, hacer cosas juntos, compartir con la comunidad, conversar y participar de todas esas actividades solidarias era gratificante.

Me impresionaba como la gente cuando tenía que juntar plata para un funeral, por ejemplo, hacían sopaipillas, calzones rotos, o lo que fuera. O como las mujeres muy fácilmente ayudaban a otras cuidándoles los hijos y las guaguas, si tenían cosas que hacer. Era increíble esa disposición a ayudarse”.

El proyecto de la biblioteca popular tomó fuerza y con el tiempo incluso fue transformándose en un centro cultural. Personas vinculadas a la *Fundación* como Blanca Vivanco<sup>2</sup> y Edith Ortiz<sup>3</sup> hicieron, en ese espacio, cursos de costura y pastelería a otras mujeres, para cumplir de manera colectiva, con el objetivo de entregar herramientas que fueran útiles a la comunidad.

Y aunque al salir de Bélgica no estaba en los planes de Kris trabajar con personas con discapacidad intelectual nuevamente, el hecho de compartir a diario con Mónica, mamá de Yessenia, la niña con síndrome de down con la que vivía, esa realidad la inspiró a movilizarse y buscar respuestas para ellos.

“Viendo a la Yessenia me preguntaba qué pasa con esta gente en Chile. Me acerqué a la municipalidad y me dijeron que no había muchas cosas en ese sentido. Ahí fue cuando hablé con Eduardo<sup>4</sup> que estaba viviendo en Las Viñitas también, y me dijo que teníamos que buscar apoyo para que fuera factible echar a andar este proyecto. Conseguimos, entonces, la cooperación del Estado Belga, quienes contactaron al *Hogar de Cristo* y ellos a su vez a la Niniza<sup>5</sup>, para iniciarlo con la *Fundación*.

El '94, decididos a comenzar este proyecto, empecé a recorrer las poblaciones cerca de Las Viñitas viendo si había personas con discapacidad intelectual. Para mí ese fue el tiempo más impresionante en Chile, porque ya había estado tres años y medio en Cerro Navia, pero preguntando y recorriendo me di cuenta que había mucha gente con discapacidad que estaban escondidos o encerrados en sus casas. Las familias contaban de ellos con miedo, con

cuidado, con vergüenza. Y aunque siempre todos me acogieron muy bien, ahí tuve la confirmación de que era necesario hacer algo”.

La necesidad visibilizada hizo que los hechos se sucedieran rápidamente. Mientras comenzaba la construcción del centro comunitario de la *Fundación*, compraron una camioneta. Kris hacía el recorrido yendo a buscar a los cerca de 20 jóvenes y adultos que se inscribieron rápidamente en el programa. En la *Fundación* hacían manualidades y cocinaban para el almuerzo. “Empezamos con la Edith<sup>6</sup> y la Bernarda<sup>7</sup> de educadoras. La idea era que los chiquillos fueran al centro y que pudieran compartir, estar juntos, sentirse bien y nosotros ofrecerles actividades. Ellos podían elegir trabajar con madera o lana. Con esto dábamos tranquilidad a las mamás de que sus hijos podían estar con otra gente y salir de sus casas. Me acuerdo especialmente de dos jóvenes que conocí que estaban siempre en sus patios, que la mamá los dejaba encerrados cuando salía. Ellos hoy día están trabajando y ver eso es muy lindo”.

La donación fortuita de todo el equipamiento de una pastelería, llegó para agregar valor al proyecto. Desde entonces a las manualidades sumaron actividades de repostería y los participantes, guiados por los conocimientos de repostería de Edith, comenzaron a hacer pasteles, tortas, empanadas y pan que salían a vender a ferias o en la municipalidad. Eso permitió otro vínculo y una nueva inserción para cada uno de ellos y ellas en la comunidad. Una apertura y una inclusión que comenzaba a desarrollarse.

De alguna manera la inclusión de cada uno de los “chiquillos” reconectaba y daba respuesta a esa incomodidad de juventud que había traído a Kris hasta el sur del mundo, buscando un espacio de entrega y desafío social. “Fue muy lindo ver que Chile estaba abierto a acogerlos. Para mí fue muy impresionante la rápida aceptación que tuvieron, de ser personas que nadie veía porque estaban encerrados a verlos desarrollando su parte personal y su vida social”.

<sup>1</sup> Religiosa y misionera belga, con más de 52 años trabajando en Chile con los más pobres., fundadora en 1999 de la *Casa de Acogida Cristo Especial*, en La Legua.

<sup>2</sup> Educadora de la *Fundación*.

<sup>3</sup> Educadora de la *Fundación*.

<sup>4</sup> Eduardo Silva S.J., Capellán y asesor eclesiástico de la *Fundación*.

<sup>5</sup> Niniza Krstulovic, Directora ejecutiva de la *Fundación*

<sup>6</sup> Edith Ortiz, Educadora de la *Fundación*

<sup>7</sup> Bernarda Jara, Educadora de la *Fundación*.



12. LA HISTORIA DE JUANA:  
**Cerro Navia Joven: un antro de drogadictos**

“**S**eguro que esto se va a llenar de puros drogadictos”, “aquí va a quedar la embarrada” decía la gente cuando se supo que el centro que había pertenecido al *Hogar de Cristo* durante años, pasaría a manos de una fundación llamada *Cerro Navia Joven*. Eso fue lo que escuchó Juana en una oportunidad en que fue al consultorio, que colinda con el centro comunitario, y donde le recomendaron estar atenta a los talleres que ahí se iban a realizar porque podían servirle para el proceso de vida en que estaba.

Sin saber con certeza de qué se trataba y con el murmullo de algunas personas de la comunidad que advertían sobre estos “riesgos inminentes”, Juana siguió el consejo, llegó al centro comunitario para personas mayores, a conocer, y se quedó para siempre.

“Esto fue el 2008. Yo tenía una depresión tremenda cuando llegué y no me moví más de la *Fundación*. Es que el trato que le dan a uno es fantástico. La Rossana<sup>1</sup>, las personas y las niñas que trabajan son muy simpáticas y a mí eso me hizo muy bien. Por eso me encanta venir.

Todo el grupo que nos juntamos es muy bueno. Nos reímos, conversamos, hay una energía positiva que hace que uno llegue contenta para la casa. Yo fui una de las primeras en llegar a estos talleres por eso puedo decir que soy parte del inventario de la *Fundación*”.

Juana llegó hace 51 años a Cerro Navia. Venía desde Nueva Imperial a Santiago, muy joven, a buscar trabajo. Lo primero que consiguió fue un empleo en una sastrería. Fue en esos años que conoció a su marido y se fueron a vivir a una pieza que arrendaban en la comuna. Su marido trabajaba en Fanaloza. Una vez juntos, él le pidió que no siguiera en la sastrería y se dedicara a la vida en la casa.

Tuvieron dos hijos que crecieron y se criaron en Cerro Navia, en un departamento en Costanera Sur al que postularon y les fue entregado el 74.

“Yo no me muevo de Cerro Navia hasta que no pueda más. Mi hija siempre me dice: “mamita véngase a vivir conmigo”, pero a mí me gusta mi barrio y el lugar donde vivo. Donde vivo es muy tranquilo, nunca pasa nada. Me siento cómoda y me siento segura. Cuando me voy a los talleres voy saludando a la gente que está sentada al solcito. Por eso le insisto a mi hija que estoy bien en mi casa”.

Tras muchos años de matrimonio, su marido tentado por un proyecto de emprendimiento con su hijo, decidió partir a vivir a Puerto Montt. Juana prefirió quedarse en Santiago. El frío y el clima fueron determinantes en la decisión de quedarse viviendo sola y, también, el mundo propio que había construido en torno a la *Fundación*.

“Para mí la *Fundación* ha sido lo mejor que he tenido en esta etapa de la vida. Y todos le dirían lo mismo, las que han llegado y las que siguen llegando. Yo les digo a las personas que vayan a



inscribirse porque para mí la *Fundación* es todo y se lo digo de corazón, si no yo habría estado encerrada sin hacer nada”.

Juana camina desde su casa hasta el centro comunitario. Eso la mantiene activa físicamente. También el taller de bordado, que es el que más le gusta de todos en los que se ha inscrito, porque ahí puede trabajar las manos y ejercitar la memoria.

“Yo a veces me río sola de lo que conversamos aquí, porque todas las adultas mayores son muy simpáticas. Somos como una verdadera familia”.

Además de bordado, hoy Juana participa activamente con otro grupo de personas mayores de la *Fundación*, en encuentros intergeneracionales que se realizan en jardines y escuelas de la comuna, que busca transformar la forma de vinculación de las generaciones. Como Juana sabe mucho de plantas y en su casa cultiva orégano, melisa y cardenales que se ven desde lejos colgados en su balcón, hacer huertos con los niños (como parte de este programa) y enseñarles sobre semillas, fechas de plantación, tiempos de poda y cosecha, le ha resultado no sólo fácil sino además muy cautivante.

“Este trabajo lo estamos haciendo con niños y niñas de la Escuela Paulo Freire donde la recepción de todos ha sido espectacular. Cuando nos juntamos es un momento de mucha alegría, incluso hay una niña que rápidamente se encariñó conmigo y me pidió que hiciéramos el huerto juntas”.

Vivir estas experiencias la llena de vida, porque para ella la vejez ha sido lo más difícil de enfrentar. “Uno no sabe cómo va a llegar a más edad. No sé si este otro año iré a estar bien. Todos los días le pido al Señor y a la Virgen que me sigan dando energía, que me den un día más y salud. Porque es hartito triste estar enfermo, viejita y dándole preocupaciones a la familia. Realmente uno no quiere ser una carga para nadie. Esas son las cosas que también compartimos aquí en la *Fundación*”.

<sup>1</sup> Rossana Vergara, Encargada Centro de Adulto Mayor “3 de Julio” de la *Fundación*.



13. LA HISTORIA DE  
CRISTIAN W:

## A los niños con síndrome de down los escondían

Cristian Walker se presenta en el escenario junto al grupo de participantes de discapacidad intelectual de la *Fundación*, en la fiesta comunitaria que se realiza para el 18 de septiembre. Durante la presentación se mueve con una gracia que saca un aplauso cerrado después de un baile en solitario. Eso lo ven de cerca las más de 300 personas que asistieron a la actividad entre las cuales está Cecilia, su hermana, con quien vive desde el año 2005 en Cerro Navia.

Cristian tiene síndrome de down y muchas dificultades en el habla, pero eso no llega a ser impedimento para que cuando se le pregunte qué es lo más le gusta de la *Fundación* conteste sin titubeos que “bailar”.

Él es el menor de 14 hermanos y se crió en una familia muy pobre. Su mamá enviudó por primera vez cuando tenía 23 años y cuatro hijos. Después de trabajar arduamente para sacarlos adelante, se casó con un maestro pastelero de bastante más edad que ella, y partieron todos a vivir a Quintero. Ahí nacieron los otros 10 hijos. El último de ellos, Cristian.

Cecilia relata esa historia: “Mi mamá llegó un día a Santiago con él, cuando tenía 5 meses, y yo le dije: “mami este niño parece que es mongolito”, porque a estos niños los escondían, no los sacaban a la vista. Yo no sabía que se llamaba síndrome de down. Mi mami me dijo que sí, pero que el doctor le había dicho que no era tan severo y que como tenía la lengua muy grande no se le entendía bien lo que decía... Mi mamá creía que él no iba a pasar los 15 años”.

La mamá de Cecilia y Cristian volvió a vivir a Santiago cuando su hijo menor tenía 10 años. Lo hizo porque por segunda vez había quedado viuda. Pero antes de eso la familia ya había tomado rumbos distintos. Cecilia junto a los tres hermanos mayores, vivieron muy tempranamente en casas de distintos parientes. “Mi padrastro era golpeador, le pegaba a mi mamá y a sus hijos, menos al Cristian. A él nunca le pegó. Pero yo vi una vez que él le estaba pegando a mi mamá, agarré una escoba y le pegué en la espalda y ahí me agarró, me pegó un combo y después unas patadas en el suelo. Cuando mis tíos supieron de esto nos agarraron y nos trajeron a los más grandes a vivir a distintos lados”. Cecilia piensa un momento y reflexiona: “Mi mamá aguantó mucho, porque ella si que tuvo mucha pobreza”.

Hoy, es un hijo de Cecilia que vive con ellos en la casa, el que ayuda a Cristian en las mañanas, bien temprano, a bañarse para estar listo cuando el furgón lo pasa a buscar y lo lleva hasta la *Fundación*, donde participa en el Taller de Apresto Laboral *El Trébol*. Una rutina a la que Cristian se sumó el año 2006, desde que comenzara a participar en un taller de habilidades sociales al que asistía junto a otros jóvenes y adultos con discapacidad intelectual severa.

“Él llora cuando no va a la *Fundación*. Le encanta. Y desde que va está más vivo, más despierto. Antes estaba sentado y no hacía nada. Los primeros años no iba tan seguido como ahora, pero una tía de allá me dijo que tratara de que no faltara, de que era importante que fuera regularmente”, explica Cecilia.

Hasta antes del 2006, Cristian vivió al lado de su madre. Los últimos años los pasaron en Llolleo, luego que a ella le dieran poco tiempo de vida tras detectarle una enfermedad bastante avanzada. Cecilia recuerda que una de las preocupaciones de su mamá fue siempre, quién se haría cargo de él cuando ella no estuviera. Finalmente su muerte, los cambios repentinos y el desconocimiento familiar sobre cómo abordar la realidad de su hermano, hicieron que Cristian pasara por momentos muy delicados.

“Cuando mi mamá murió el Cristian quedó con otra hermana y no hacía nada, estaba todo el día sentado viendo televisión. Le daban un poco de vino a la hora de almuerzo porque decían que eso le hacía bien porque tenía muy grande el corazón y después lo dejaban sentado en un sillón tomando cerveza, así se fue acostumbrando a tomar. Para un 18 me lo trajeron por unos días y cuando llegó se empezó a quejar que le dolía la espalda; nos dimos cuenta que a penas respiraba. Lo llevamos a un médico cubano que atiende aquí en el sector, que le decían el médico de los pobres, y ahí me retaron. Me dijeron: “cómo se le ocurre traerlo así de mal”. Les expliqué que él sólo estaba de visita en mi casa. Le pusieron unas inyecciones y me dijeron que tenía un principio de tuberculosis.

Cuando ya estuvo recuperado el médico me dijo: “cuando se mejore bien, mándelo de vuelta, pero si él está en una parte mala es mejor que se quede con ustedes”.

En una decisión familiar meditada en conjunto, Cristian se quedó finalmente con Cecilia. Cuando recién comenzaban a asumir lo que esto implicaría, un día llegó a tocarles la puerta de la casa una educadora de la *Fundación*, para contarles que se habían enterado que ahí estaba viviendo una persona con síndrome de down y que le sugería que lo inscribiera en uno de los programas que existían.

El desafío era grande, no sólo porque Cristian comenzara una nueva rutina de vida. Una de las primeras cosas que debieron hacer, fue abordar en conjunto la dependencia que tenía con el alcohol. Edith Ortiz, educadora del programa, les recomendó que lo llevaran al Doctor Ferreiro, voluntario de la *Fundación*. En esa ocasión el doctor fue categórico: no podía volver a tomar ni una gota más. Le dijeron que si volvía a tomar se iba a morir. Y pese a la resistencia que Cristian mostró en un comienzo a que le prohibieran la cerveza y el vino, lograron que dejara de tomar definitivamente.

Eso fue un punto de inflexión en su vida, también el participar activamente en las rutinas de la *Fundación*, compartir con otros, bailar y sacar aplausos. Un cambio radical en todo el entorno que lo rodeaba y quizás una de las razones más significativas por las que un día, mientras estaban en la casa, Cristian le dijo a Cecilia y su marido: “yo quiero que tú seas mi mamá y mi cuñado mi papá”.

14. LA HISTORIA DE EDUARDO:

## En la *Fundación* nadie me dice de nuevo anda llorando este hombre

Eduardo fue lustrador de zapatos, vendió periódicos, trabajó en la construcción, fue dirigente sindical en Fanaloza, vendió confites en el centro y fue militante de la “Jota”. A los 13 años comenzó su vida como obrero y fue durante esos años que se hizo una promesa de vida, que hoy se transforma en una de sus grandes satisfacciones al repasar su historia: “yo dije: si alguna vez me caso nunca voy a llegar curado a mi casa ni dando espectáculo”.

Esa promesa había ido echando raíces durante su crianza. “A mí me enseñaron a ser duro, me criaron bruto. Nunca le he dicho a nadie te quiero, te amo. No me sale. Sufrí mucho cuando niño, todos me hacían bullying: era flaco, era feo y era obrero. Además soy el mayor de diez hermanos y cuando chico nos pegaban. Como yo era el más grande siempre me ganaba el premiado. Por eso me prometí también, si tengo hijos todos van a estudiar porque yo estudié hasta sexto año y ahí me puse trabajar. Y ahora estoy satisfecho porque cumplí, todos mis hijos son profesionales, tienen buenos sueldos, todos tienen casa y todos mis nietos estudian. Nunca di un mal ejemplo en mi casa. Nunca les pegué, nunca les dije un garabato. No fallé”.

Y fueron sus hijos, los que tras el diagnóstico de una enfermedad a la espalda obligaron a Eduardo a dejar de trabajar. Entre otros costos, esa decisión le implicó pasar del sistema de salud privado al sistema público. Como vecino de la comuna por más de 50 años, Eduardo había pasado muchas veces frente al CECOF Schwarzenberg, sin embargo fue en ese momento, que se inscribió para comenzar a atenderse.

La asistente social que lo recibió por primera vez junto a su señora, les preguntó dónde vivían, con quién y qué tipo de actividades hacían. “Nosotros con la Elsa le contamos de nuestra historia y nos dijo: “yo los voy a llevar a una parte para que se distraigan y no estén tan solos”. Ella nos trajo a la *Fundación*. Cuando llegamos al centro comunitario nos recibió la Sra. Rossana<sup>1</sup> que nos mostró todos los talleres que habían y nos explicó de qué se trataba cada uno.

Volvimos a la casa y le pregunté a la Elsa qué le había parecido. A ella le gustaron y me dijo que quería inscribirse en autocuidado, memoria y chikún. A mí también me gustó la idea y decidimos inscribirnos juntos. Eso fue el año 2012”.

Desde entonces Eduardo ha sido un participante activo. Estar en la *Fundación* le ha permitido sentirse menos solo y tener una rutina con la que sobrellevar el dolor de haber vivido una tragedia familiar que le hizo perder a una hija y sus dos nietos. “Me ha servido mucho porque me distraigo y cuando estaba en mi casa pasaba leyendo todo el día. Si me quedo en la casa lo único que hago es leer”.

En el Centro ha hecho amistades y ha tenido la oportunidad de seguir adquiriendo nuevos conocimientos. “El taller que más me gusta es el de autocuidado porque hacemos un poco gimnasia, traemos canciones, historias y uno también aprende. La niña del taller de memoria nos hace ejercicios con números y uno tiene que estar concentrado. Son bien buenos los talleres. También hemos aprendido sobre cómo evitar caídas y los riesgos que existen en la casa, porque hay un grupo de estudiantes de medicina que nos van a visitar y nos explican todo”.

Los nuevos conocimientos y la actividad es una de las cosas que Eduardo valora, sin embargo, ha sido la compañía de sus pares y la comprensión de ellos lo que más lo ha reconfortado en esta etapa. “Estar en la *Fundación* nos ha ayudado mucho, porque cuando a mí me pasó lo que me pasó, me di cuenta que todos eran vecinos. Aquí en cambio he hecho amistad, he hablado de lo que me pasó con confianza y uno se da cuenta que lo que necesita no es lástima, lo que uno necesita es amor. Aquí nadie anda diciendo “de nuevo anda llorando este hombre”.



Parte de esta experiencia que Eduardo comparte con franqueza, está plasmada en el libro “*Cerro Navia: Relatos de una Historia*”; un libro hecho por la *Fundación* y la Universidad Alberto Hurtado, en que, a partir de experiencias y vivencias de personas mayores, que fueron los primeros habitantes de la comuna, se va dando cuenta de la historia e identidad de Cerro Navia.

En ese relato Eduardo revive lo que fueron los primeros asentamientos y poblaciones de la comuna, que hoy también recuerda cómo fueron determinando y dejando una huella en la comunidad. “Yo llegué a Cerro Navia en la década del 50 cuando esto era Barrancas. Mi papá compró un sitio y todo esto (apunta indicando alrededor del Centro Comunitario 3 de Julio) eran puras chacras y arenales. Pero esta es una comuna esforzada porque pocas son las poblaciones que llegaron por venta, la mayoría de las poblaciones de aquí son tomas y todos siempre fueron bien solidarios. Una vez que las personas ya se instalaban lo primero que se hacía era formar un club deportivo, después llegaba una botillería y se abría algún un almacén”, y continúa: “esta calle se llama 3 de julio porque ese era el nombre de la cooperativa de vivienda que teníamos y que se había formado en esa fecha. Una vez trataron de cambiarle el nombre a la calle, pero nosotros volvimos a ponerle así”.

Como muchas personas del sector su casa es obra de un esfuerzo de años, hecha a pulso con sus propias manos que refleja el modo de hacer en otros tiempos. “Tengo una casa bien comfortable que la hice yo mismo. Empecé con los cimientos y terminé construyendo todo”.

Es en esta misma casa donde aún viven Eduardo y Elsa. En sus paredes hay gran cantidad de recuerdos de su hija fallecida y sus nietos. A pesar del dolor, y haciendo memoria de las muchas etapas y experiencias vividas, Eduardo es optimista: “cuando pienso en todo esto por lo que he pasado, pienso que ésta también ha sido una buena etapa”.

<sup>1</sup> Rossana Vergara, Encargada Centro de Adulto Mayor “3 de Julio” de la *Fundación*.

15. LA HISTORIA DE LUCY:

## En cada embarazada reconocí lo perdido



Aunque ya han pasado más de dos décadas desde que Luz Paredes, la Lucy, tuvo a su hija en coma durante varios días en un hospital y que ese hecho se transformara en un punto de inflexión en su vida, recordar esos momentos todavía la emociona y mucho.

Tenía 19 años cuando de pronto se sintió mal y tuvieron que llevarla al hospital. Luego de que la examinaran el doctor salió y pidió hablar con quienes la acompañaban. Lucy permaneció atenta a las palabras del doctor, sin poder creer lo que escuchaba. “Hay que sacarle inmediatamente la guagua a su hija”. Nadie entendía nada. Nadie sabía, ni la propia hija, que estaba embarazada y de varios meses. La única reacción que tuvo Lucy en el momento fue decirle al especialista “haga lo que tenga que hacer”.

Tras una operación nació la guagua a quien Lucy recuerda como “una bebé maravillosa”, pero su hija quedó en coma y en condiciones críticas de salud. “Estuvo tres días muriéndose”.

“Una noche yo estaba en mi casa fumándome un cigarro en la puerta y mirando a la virgen del cerro, le pedí que intercediera. Que me devolviera a mi hija como ella era, que la quería sana. No podía ni pensar en que mi otro hijo se fuera a quedar solo en este mundo. Lloraba y lloraba.

Parto al día siguiente al hospital y cuando llego el doctor me dice: “le tengo una mala y una buena noticia. La mala es que la bebé falleció y la buena es que su hija despertó del coma”. Era una pena enorme perder a la bebé, pero también estaba la alegría de tener a mi hija de vuelta”.

Ese nacimiento y ese duelo al que se enfrentaban de improviso todos como familia, significó mucho para Lucy. Todos comenzaron a buscar distintas maneras de significar lo que habían vivido. “Yo estaba mal cuando un día me encontré con la Luisa<sup>1</sup>, que trabajaba en la *Fundación*, y me invitó a que participara como voluntaria de unos talleres para mamás adolescentes que hacían. Ahí me sumé a un grupo y me volqué por completo al programa. Eso me hizo revivir. Cada historia y cada chiquilla me hizo revivir porque en ellas podía reconocer lo que había perdido”.

La Lucy, o tía Lucy como muchos la conocen en su población, partió primero apoyando al grupo de mujeres jóvenes de la Capilla San Alfonso junto a otra voluntaria, sin embargo, al terminar ese año fue a hablar con Niniza Krstulovic, Directora Ejecutiva de la *Fundación*, y le preguntó si sería posible que ella creara un grupo en su capilla: la *Jesús Resucitado*. Todos la apoyaron.

“Empecé caminando por las calles, buscando chiquillas en las ferias, preguntando a la gente de aquí, y así se fueron sumando. Después una chiquilla llevaba a otra amiga y así. Durante 23 años funcionó todas las semanas nuestro grupo. Por momentos el grupo llegó a tener hasta 15 niñas.

¿Y qué hacíamos? trabajábamos talleres de autoestima que nos enseñaban en la *Fundación* y que nosotros replicábamos con ellas. Hacíamos manualidades, veíamos temas de crianza y lo que sí hacíamos mucho, era fomentarles que siguieran estudiando, que no se quedaran en la



casa para que pudieran ser responsables de sus hijos y darles a ellos todo lo hermoso que como mamás podían ofrecerles”.

Fue en ese espacio de confianza donde Lucy pudo transmitirle a las niñas y jóvenes que asistían al taller, su propia historia de esfuerzo y arraigo en la comuna. Porque muchas veces se sintió “representada en las experiencias que cada una de esas chiquillas vivía”.

Y es que Lucy llegó a Santiago junto a su mamá y sus seis hermanos, para estar cerca de su padre, que lo habían hospitalizado para tratarle una enfermedad en el pulmón. La misma que dos años más tarde le causaría la muerte. Vivieron en muchas partes, dormían de a cuatro en una cama. “Era la miseria misma”. Entonces su mamá, movida por el consejo de una vecina y la precariedad en que se encontraban, se sumó a una toma en Mapocho. Ahí estuvieron viviendo seis meses en una carpa. “Fue horrible pasar ese invierno. Las guaguas se enfermaban, había que salir a buscar agua, pero había mucha gente que apoyaba. Después de esos meses nos entregaron finalmente un sitio que era un pedazo de tierra marcado con tiza”.

En esos tiempos Lucy vivió y comprendió la importancia y el impacto que tenía la vida comunitaria, las cosas que podían conseguirse con la ayuda, la colaboración y la coordinación entre vecinos. Fue así como de a poco fueron armando sus casas, organizándose para armar ollas comunes para los que tenían menos, e incluso sobreponerse y luchar contra la violencia y los delitos cometidos en dictadura contra muchos pobladores y dirigentes.

Esas historias también fueron parte de lo que Lucy compartió con las niñas para mostrarles lo importante que resultaba persistir para salir adelante. Y aunque hoy el programa de maternidad adolescente ya no existe en la *Fundación*, Lucy ya está viendo nuevas formas de trabajar con jóvenes y sus hijos e hijas, y transmitirles estas experiencias, aunque reconoce que “desde que ya no está el programa, es como que me falta algo en mi vida”.

<sup>1</sup>Luisa Hidalgo, e  
Educatora de la  
*Fundación*.



16. LA HISTORIA DE LETICIA:

## **Duelo, promesa y acción: la vida de una adulta mayor dicharachera**

Leticia se define como una mujer activa, alegre y “dicharachera” y eso resulta notorio en su desplante y forma de ser. Sin embargo, su mirada y visión de la vejez es categórica: “yo creo que la peor de etapas de la vida de una persona es la de ser adulta mayor porque la mayoría de las personas vamos quedando solas, los hijos trabajan, tienen familia y uno se va quedando solo”.

Detrás de ese fuerte diagnóstico está su propia historia y el camino recorrido acompañando a su marido mientras estuvo enfermo. Guillermo quedó postrado luego de sufrir dos accidentes cerebro vasculares. Ella cree que el primero fue provocado por el estrés y el trauma que sufrió luego de ser asaltado a la salida de un banco, cuando llevaba una gran cantidad de plata que había obtenido a través de un préstamo.

“De primera esto lo viví muy mal porque estuvo inconsciente un mes en la clínica. Yo no conocía esta enfermedad y no lo podía aceptar. Él trabajaba, era empleado municipal de la comuna y yo trabajaba cuidando a un adulto mayor. Él no pudo volver a trabajar más y yo tampoco. Ahí, a mí me dio depresión. Pero en esta primera vez, después de un tiempo, Guillermo logró aprender a caminar y hablar, aunque tenía el lado izquierdo malo.

Tres años después le dio un segundo ACV y ahí quedó peor. Mal de la cabeza, no razonaba. Peleador, desafiante. Me dijeron, además, que tenía Alzheimer. Ya en esta segunda oportunidad quería volver a tirar para arriba sola, pero era difícil porque él se puso muy agresivo. Me ayudó mucho un sobrino que me explicó bien de qué se trataba la enfermedad; me aconsejó que tuviera mucha paciencia y que tratara de evitar lo más posible el contradecirlo para no provocarlo. También me ayudó una sobrina que me enseñó a darlo vuelta y otras cosas prácticas porque cuando estaba con pañales me pateaba, se sacaba la ropa. Y mi hijo también fue muy importante. Me apoyaba en todo lo que fuéramos necesitando... así fui aprendiendo de la vida diaria”.

Vivir este proceso era doloroso, pero además duro en términos físicos y psicológicos. El peso y el cansancio lo notaban sus cercanos. Un día comprando en la feria unas almohadas para la cama de su marido se encontró con Silvia Vásquez, voluntaria de la *Fundación*. “La Silvia me contó en ese momento lo que hacían las voluntarias ayudando a personas postradas<sup>1</sup> y me dijo que me podían ayudar con mi marido. Después de eso ella me lo inscribió para que lo visitaran”.

Desde entonces Carmen Venegas, también voluntaria, junto a una educadora de la *Fundación* los visitaron regularmente cada semana en su casa. “Para mí significaron mucho esas visitas porque él, mi marido, se daba más con la gente de afuera que conmigo. Le cantaban, lo tiraban para arriba, le daban hartito ánimo y también le mandaron un kinesiólogo.



A mí gustaba mucho que hubiera una persona con él y otra conmigo que me explicara cosas y que me diera ánimo, porque así me sacaban de la rutina”.

Durante los seis años que su marido estuvo así, Leticia nunca tuvo un minuto para nada más que no fuera la casa. Era sólo durante las visitas de las voluntarias que lograba tener un respiro. Tampoco tuvo tiempo para saber de qué se trataba la *Fundación* de la que venían las voluntarias. Fue sólo durante el funeral de su marido, cuando dice que llegó tanta gente que ella no conocía y que eran de *Cerro Navia Joven*, que logró dilucidar “cómo era la *Fundación*”.

“Cuando vi a todas estas personas apoyándonos a mi hijo y a mí en la misa prometí que cuando se me pasara un poco el duelo me iba a sumar a la *Fundación* e iba a ayudar a otras personas, tal como a mí me habían dado una mano”.

Leticia cumplió la palabra y el compromiso que hizo ese día: hoy lleva cuatro años como voluntaria. “Esta experiencia me ha gustado mucho pero también me deja marcando ocupado, porque me da mucha pena cuando la gente a la que uno visita se muere. Don Remigio fue el primer adulto mayor al que yo visitaba y se murió hace algunos meses. Y me cuesta tomar a otra persona.

Así y todo, es una de las experiencias más lindas que he tenido. El grupo de voluntarios es muy rico. Hay mucha unión entre nosotros porque todos somos adultos mayores. Si siendo voluntaria he hecho de todo, ¡hasta estuve en la radio Cooperativa, ADN, Infinita y en un reportaje de Canal 13 contando lo que hacemos!”

El tiempo no pasa en vano para nadie y aunque Leticia se sabe una mujer alegre y activa está consciente que en un futuro próximo ella podría estar en el lugar de las personas que son visitadas. “Como yo soy dicharachera muchos piensan que tengo menos edad, pero de repente pienso que ya me va a tocar a mí que alguien me vaya a ver cuando empiecen e integrarse voluntarios más jóvenes”.

<sup>1</sup> Programa de la *Fundación* que capacita a personas mayores de la comunidad como voluntarios, para que atiendan a otras personas mayores dependientes y a sus cuidadores, en sus domicilios.



17. LA HISTORIA DE JAIME:

## No soy el típico pobre que lucha para tener una mejor calidad de vida en Vitacura

“Yo no soy el típico pobre que lucha y se esfuerza para tener una mejor calidad de vida en el sector oriente. No ando pensando cuando tenga plata me voy a ir a Ñuñoa, Las Condes, Vitacura o Providencia. Yo después de que saque mi título de contador si me puedo comprar mi casa me la voy a comprar en Cerro Navia, Maipú o Pudahuel. En el sector poniente, porque no tengo problema en decir que soy de Cerro Navia”, comenta Jaime Rebolledo en medio de una de las muchas oficinas de reunión de un imponente y moderno edificio ubicado, justamente, en uno de los sectores financieros más importantes de la comuna de Las Condes.

Jaime está vestido perfectamente formal porque es parte del código de vestuario que le exigen a los trabajadores en *Deloitte*, una de las grandes empresas de auditoría que existe en el país y también a nivel internacional. Llegó ahí el 2016, como parte de un grupo de estudiantes del Colegio *Don Enrique Alvear* que fueron a hacer su práctica profesional denominada “Experiencia Empresa”. Como muchos de sus compañeros, llegó nervioso y temeroso de no saber exactamente qué les esperaba y cómo se desenvolverían en un ambiente completamente nuevo para muchos; no tan nuevo para él, porque Jaime era el segundo de la familia que llegaba a *Deloitte*. Su hermano mayor, Byron, también estudiante del Colegio, había llegado unos años antes siendo alumno y su desempeño profesional lo habían convertido en uno “de los regalones de la compañía”. Fue contratado, becado para estudiar y emprendió así una significativa carrera profesional.

Si bien la experiencia familiar les había mostrado que *Deloitte* podía convertirse también, en una gran oportunidad para Jaime, su mamá estaba empecinada en que él hiciera la práctica en una entidad bancaria. Y aunque en un comienzo dudó de qué podía ser mejor para él, ahora sentado en una moderna oficina de Las Condes, cree que lo mejor que le pasó fue seguir los pasos de su hermano.

“Las prácticas son muy buenas y hay que saber aprovecharlas porque hay alumnos que se las farrean. La primera (pre práctica) me sirvió mucho para que después no tuviera nervio. La hice en Recursos Humanos, en selección de personal, y cuando me recibieron lo hicieron con jugo, pancito y galletas. Era un grupo muy unido. Uno esperaba un ambiente más serio y más estricto, pero el que me tocó fue súper buena onda.

Con todo esto uno va aprendiendo como es el mundo de oficina adentro y afuera. Cuando terminé me llevaron a comer y ahí me hicieron un *feedback*. Me dijeron que les había gustado como era yo, cómo hacía la pega y que ojalá volviera al mismo grupo a trabajar. Todos me decían que me iban a estar esperando.

Después participé en Experiencia Empresa en *Deloitte* Servicios. Al principio yo pensé que no iba a quedar porque era muy difícil, pero ahí José Reyes, que era gerente me aguachó y me enseñó. Y luego me cambiaron a otra persona. Ese otro tutor me fue puliendo y diciéndome como tenía que hacer las cosas. Me enseñó todo el procedimiento y el protocolo. Como hablar con el cliente, la formalidad más que nada, como llegar vestido porque no puedes llegar con un jeans roto, con jockey, etc., uno tiene que ir formal”.

Marcelo Orellana, su jefe actual, también lo ha acompañado en este proceso de desarrollo y cuando se refiere a él lo hace con la pasión de quien ve en la enseñanza un instrumento significativo de desarrollo en cualquier etapa de la vida. “Jaime es de las personas más jóvenes que tengo el grupo y de los más responsables. Eso da una sola lectura: hay una buena formación académica, un buen trabajo de la *Fundación* y de su familia que juega un rol importante. En Jaime hay valores que no es fácil encontrar en los jóvenes de hoy. Es muy centrado... tiene otra visión. Tiene mucho sentido de compañerismo y trabajo en equipo. Yo le digo que él tiene que salir adelante con una profesión y aquí le damos el espacio para eso”.

Efectivamente Jaime reconoce que el Colegio Don Enrique Alvear marcó su trayectoria de vida a partir de muchas experiencias positivas



que le fueron entregando distintas enseñanzas. “Cuando fuimos a postular lo único que sabíamos del colegio es que era técnico y que era bien, entrecorillitas, poblacional por la gente que iba. Pero mi experiencia en el colegio fue buena. Destaco el buen trato, la preocupación y la dedicación de los profesores. Sobre todo, de parte de mi profesora jefe que fue muy buena con nosotros. Nos apoyó siempre en todo, nos ayudaba tanto emocional como académicamente. Las tías y las auxiliares también tenían muy buen trato. La Tía Eli<sup>1</sup>, la Tía Ester<sup>2</sup> que eran muy apegadas a los alumnos, eran como unas mamás. La Tía Eli era más estricta y la Tía Ester era puro amor.

Había un buen ambiente entre los alumnos. Después de que durante años había rivalidad entre los cuartos A y B, nosotros fuimos el primer cuarto que no se tenía mala. Éramos como un solo curso la generación completa”.

De esa vida escolar también recuerda otros momentos y oportunidades significativas en su desarrollo. Una de ellas fue haber participado del programa “SUBE” que se realiza en el Colegio junto a *Fe y Alegría*, en que una vez al mes organizan una escalada a algún cerro de Santiago para fomentar el trabajo en equipo, el contacto con la naturaleza y el respeto, entre otros valores. El programa que termina con un gran campamento, él lo recuerda como un espacio educativo distinto: “yo participé los primeros dos años en el SUBE y me gustó mucho porque cuando íbamos a acampar los profesores dejaban de ser profes y eran tus amigos. Ahí uno conocía al profe realmente como era”.

Ya camino de vuelta a su oficina, y mientras saluda y lo saludan efusivamente sus compañeros de trabajo, Jaime dice que al igual que la experiencia de subir cerros esto que vive recién es el comienzo para llegar a otras cumbres. “En una palabra estar en *Deloitte* ha sido aprender. Mi meta ahora es sacar mi título de contador y ya estoy en eso porque, además, me gané la gratuidad. Este año cumplí una de mis metas que fue comprarme mi primer auto. Y mi sueño para adelante es tener una familia, viajar, conocer Estados Unidos y tener una casa propia”. Eso sí, una casa en el sector poniente.

<sup>1</sup> Elizabeth Carrillo, Encargada de convivencia Colegio Don Enrique Alvear de la *Fundación*.

<sup>2</sup> Ester Monasterio, Encargada de convivencia del Colegio Don Enrique Alvear de la *Fundación*.



18. LA HISTORIA DE MAURICIO:

**Dios es grande y Mauricio es obra de Dios**

**M**auricio Sanhueza se mueve por la comuna con total autonomía. Sabe los números y eso le ha permitido desplazarse en micro. Su voz tenue y baja, no refleja la fuerza interna que ha tenido para ir superando barreras, ni la energía que lo hace estar permanentemente buscando cosas que hacer para mantenerse activo.

“Yo vivo con mi papá y mi mamá. Ahora los dos están jubilados. Mi mamá era secretaria de médico y mi papá trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas, al frente de la Moneda. Y en la *Fundación* ya estoy hace como 4 años. Llegué porque en el consultorio me informaron de este lugar que yo no conocía. Me dijeron que nos enseñaban a trabajar para que después uno parta para afuera. Así llegué”.

Mauricio nació en un parto con algunas complicaciones. Su madre atribuye a ese momento el daño neurológico que tiene, sumado a una parálisis. Nada de eso, sin embargo, lo limitó para ir a un Colegio de donde salió con 20 años, el año 93. “La experiencia fue buena pero lo único que me faltó fue aprender a leer y a escribir. Me gustaría aprender a leer y a escribir”.

Para su mamá, Ester, el proceso de crecimiento de Mauricio no fue sencillo. “Cuando nos dimos cuenta que Mauricio tenía una discapacidad fue terrible. Los médicos no le daban ni un día de vida. Nos decían: “se va a morir en cualquier momento”. Así caras de palo. Fue terrible. Una vez lo llevé a la oftalmóloga y ella comentó: “para qué dejan nacer estas criaturas”.

Yo andaba con mi hijo de un lado para otro buscando un diagnóstico. Hubo doctores que me decían: “es difícil que él logre caminar y si lo logra no va a tener tino para hacerlo. Pero Dios es grande y Mauricio es obra de Dios. Él fue el único que lo ha tenido con vida y el que le ha dado todos estos años”.

Mauricio se define a sí mismo como una persona tranquila, alegre y muy activa. “Antes de venir a la *Fundación* yo estaba en mi casa no más y a lo único que salía era a la iglesia porque yo soy evangélico y participo en el coro. Pero a mí me gusta moverme para todos lados, incluso en la casa reclamo porque ahí no hay nada que hacer. Y yo ando solo. Me vengo en micro para la *Fundación*, en la 502. No me costó aprender, porque me guío por los números. Los números me los sé. Y no me da miedo andar solo, para nada”.

Esa independencia para movilizarse marcó un punto de inflexión para Mauricio y su familia. “A mí todos me dicen que Mauricio es así porque he sido una mamá aprensiva. Nosotros siempre lo íbamos a dejar y a buscar al Colegio que estaba en Gran Avenida y un día nos llamaron de la escuela para decirnos que Mauricio no estaba. Pasaba el rato y nadie sabía donde estaba. Lo fueron a buscar a los alrededores, al metro y nada. Llamaron a carabineros. Yo fui a pedir permiso en mi trabajo, que quedaba en Moneda, para irme

para allá y cuando voy saliendo me lo topo en la puerta. ¡Se había venido solo en metro y micro hasta mi trabajo! Desde ese día nos dimos cuenta que podía valerse por sí mismo y se empezó a ir y a volver solo al Colegio”, comenta Ester.

Pero Mauricio aspira a mucha más autonomía aún y eso es parte de sus sueños. “Me gustaría tener mi propia familia, tener mi casa. Me gustaría formar una familia y vivir con ellos. Tengo una polola que estuvo en la *Fundación* hasta no hace mucho, pero que ahora está trabajando por Independencia. Se llama Marcia. Cuando tengo minutos en el celular la llamo. Y me parece que está bien que esté trabajando porque la mujer también tiene que trabajar”.

Hace un momento de silencio y agrega: “También me imagino trabajando afuera, aunque no sé que podría hacer porque no sé ni leer ni escribir. Pero acá en *El Trébol*<sup>1</sup> estoy bien. Lo paso muy bien. Mis compañeros son simpáticos y me he hecho muchos amigos. Conversamos, jugamos, bailamos y cantamos. Y lo que más me gusta hacer son bufandas. He hecho algunas bufandas y las he vendido”.

Ester, su madre, ve en cada uno de estos sueños una esperanza de que Mauricio siga consiguiendo logros que le den cada día más autonomía, “porque la preocupación que nosotros tenemos con mi marido es que no le vamos a durar toda la vida”. Pese a esa aprensión, su tranquilidad es ver a Mauricio pleno: “En la *Fundación* él es el hombre más feliz”.

<sup>1</sup> Taller de apresto laboral



19. LA HISTORIA DE  
FRANCISCA:

## No hay que guiarse por las apariencias

Francisca Carrillo tenía 15 años cuando iba caminando por una calle cercana a su casa y se le acercó un grupo de mujeres que la agarraron, le pegaron y la amenazaron. Ella sabía que las amistades que tenía en esos años podían ponerla en riesgo. Muchos riesgos. Ya se lo había advertido también su mamá en innumerables ocasiones.

Fue dos años antes de eso, que ella comenzó a ser parte de un grupo de adolescentes de su población que a veces robaban, se drogaban y que “no estaban ni ahí con el Colegio”. En esa época Francisca pasaba mucho más en la calle que en su casa y bajó ostensiblemente sus notas. Su actitud era cada vez más desafiante respecto de sus responsabilidades y la preocupación de su mamá era cada vez mayor.

Los problemas se hicieron aún más graves cuando consciente del daño que se estaba causando a sí misma y a su entorno, decidió terminar un pololeo que tenía con uno de los jóvenes del grupo y alejarse definitivamente de todos ellos. Fue entonces, que llegaron a amenazarla y a pegarle y fue entonces, que su mamá tomó la decisión dolorosa y radical de mandarla a vivir a Curicó, con una tía, para protegerla y sacarla definitivamente de ese camino.

“Yo me pasaba cambiando de colegio. Mi mamá me cambió muchas veces. Primero estuve en un colegio aquí en Cerro Navía y después en Pudahuel. Cuando tenía 15 años mi mamá me mandó al sur. Lo hizo por seguridad porque yo andaba metida en muy malos pasos”.

La experiencia en el sur no fue buena. “Estar sin mi mamá que es lo que yo más quiero, fue una mala experiencia. Estuve un semestre allá, no aguanté más y me trajeron de vuelta”. Una vez acá, y ya consciente de la necesidad de enmendar el rumbo, Francisca y su mamá comenzaron un largo recorrido para encontrar un nuevo colegio al que pudiera ingresar en agosto. “Yo quería cambiar, recomenzar y borrar todos los errores. Postulé a varios colegios y nadie me aceptaba porque estábamos a mitad de año. Entonces, por un amigo supe del Colegio<sup>1</sup> (él era ex alumno) y me dijo que, a pesar de estar en Cerro Navia, era un súper buen colegio y que me iban a aceptar altiro. Así es que vinimos con mi mamá, me aceptaron y entré a primero medio.

De primera no me gustó mucho. No me tincó. A mí no me gustaba donde estaba ubicado el colegio y yo pensaba que iba a meterme más en lo que estaba antes, pero finalmente para mí esto fue un cambio rotundo. Fue todo un proceso. Yo llegué súper *flaite*, con *piercing*, hablando mal y con el tiempo cambié y con las amistades que tenía acá me empecé a comportar más como señorita.

Mis compañeros ninguno era *flaite*. Nadie andaba ni diciendo garabatos ni cuestiones. Todos son compañeros solidarios, súper amigables y que, aunque no te conocen, siempre te incluyen.

Fue todo diferente a lo que me había imaginado. El trato de los profesores es súper bueno con nosotros, siempre te están apoyando. Es como que fueran los papás de uno. Yo no esperaba que me fueran a recibir así. Es como si me hubieran conocido de toda la vida; me daban ganas de venir al colegio”.

Esta experiencia marcó una importante enseñanza: “Lo primero que aprendí fue que no hay guiarse por las apariencias”.

Dos años más tarde hubo otro hito en el proceso escolar de Francisca que reconoce como significativo y que reforzó esa primera enseñanza. Como todos los estudiantes de su generación en tercero medio participó de “Experiencia Empresa” (pre práctica profesional) en una gran compañía financiera que tiene sede en Chile.



“Allá todos los trabajadores me trataban como una persona más, nunca me hicieron sentir inferior a ellos. Yo no tenía mucho conocimiento de lo que había que hacer, pero me explicaban una y otra vez para que aprendiera.

Con esto también entendí a mi mamá cuando trabajaba, cuando se levantaba súper temprano. Yo me tenía que levantar a las seis, vestirme formal, hacer la fila para tomar la única micro que va para Las Condes, porque a esa hora además el metro va lleno. Y cuando llegaba como a las siete súper cansada, mi mamá me preguntaba: “¿hija cómo te fue en el trabajo?” y me daba como risa porque era todo súper nuevo para mí”.

Esa oportunidad de conocer tempranamente el mundo del trabajo en una gran empresa fue positiva para Francisca y le permitió tener la certeza que en los números y el trabajo administrativo no estaba su vocación. “Quiero estudiar medicina porque ese es mi sueño. Voy a estudiar full para la PSU para ganarme la gratuidad, porque la carrera de medicina es cara. Quiero estudiar en la Católica o en la Universidad de Chile y estoy segura que lo voy a cumplir porque mi mamá me ha enseñado que si uno quiere va a poder”.

Francisca sabe que este sueño hoy le va a implicar más sacrificio que antes, porque ya tiene casi 9 meses de embarazo de su primera hija. Un embarazo no programado, que está consciente le plantea un desafío extra para cumplir sus metas y para el que ha contado con un apoyo total de su entorno: de su mamá, su pololo, de sus profesores y compañeros.

“Antes yo pensaba que la calle era todo y acá me dí cuenta que hay otras cosas, que podemos cumplir nuestros sueños y que se puede salir adelante si nosotros queremos.

Le agradezco al colegio el cambio que me hizo salir de los problemas de la calle y ser la persona que soy hoy día”.

<sup>1</sup> Colegio Don Enrique Alvear, que pertenece a la Fundación



20. LA HISTORIA DE ANA:

**Hoy lo que  
más se  
necesita  
es calidad  
humana**

**R**obin, es el tercero de cinco hermanos y a diferencia de ellos, cuando chico no se portaba bien. Era extremadamente hiperquinético y distraído. A veces hablaba y hacía cosas que no parecían tener sentido ni relación con la realidad.

Su mamá decidió llevarlo a un siquiatra buscando respuestas a su conducta, pero la situación no mejoró, sino que empeoró con el tiempo. Robin tenía entre 13 y 14 años cuando Ana Arenas, asumió que le costaba muchísimo controlarlo y que probablemente, la solución pasaría por darle remedios. Decidida lo llevó al área infante juvenil del Hospital Félix Bulnes y el diagnóstico fue mucho más difícil que lo que cualquiera de la familia habría imaginado. Robin tenía esquizofrenia.

“De primera en la familia como que no querían aceptarlo. En esos años, además, no se conocía tanto de esa enfermedad. Pero como yo empecé a trabajar en una clínica siquiátrica empecé a saber que era la esquizofrenia y a darme cuenta que no era normal como era Robin, por eso traté de llevarlo pronto, para que no se metiera en cosas malas, porque muchas veces los cabros que tienen cosas en la cabeza se meten a delinquir, por ejemplo. Todo fue bien doloroso porque después de que lo diagnosticaron le empezaron a venir crisis y tuve que internarlo un tiempo. Después, con el tiempo, todos lo fuimos aceptando porque él estaba mal y queríamos verlo normal”.

El 2011 dieron de alta a Robin, de una de las oportunidades en que debió estar internado.

Debió pasar varias semanas en un hospital psiquiátrico para que lograran estabilizarlo. Su salida implicaba un alivio para Ana, pero también el desafío de pensar cómo podían proyectar el futuro de su hijo.

En la Capilla *Oscar Romero*, donde Ana era y es una activa participante, todos sabían lo que les estaba ocurriendo. Un domingo compartiendo sobre ello en su comunidad, el Padre Eduardo Silva s.j.<sup>1</sup> le contó del programa que existía en la *Fundación* en que se trabajaba con personas con esquizofrenia que además presentaban consumo de drogas y alcohol. Ana pensó entonces, que ahí podía estar la respuesta a la necesidad de desarrollo y rutina que buscaba para su hijo.

Y así fue. “En la *Fundación* él encontró un lugar donde pudo rehabilitarse y estar con sus pares. Fue muy bueno eso porque creció. Él renació en la *Fundación*. Se empezó a dar cuenta de las cosas, a darle un sentido a la vida y a los amigos. Hacían una vida muy bonita todos juntos ahí, pintaban, salían a pasear, compartían. Uno se iba tranquila a su trabajo porque sabía que los profesionales que estaban con los chiquillos les enseñaban a hacer cosas, manualidades y además, tenían su comida”.

Ese sería sólo el primer vínculo de Anita con la *Fundación*. Años más tarde y una vez más a raíz de su participación en la Capilla *Oscar Romero*, Ana conversó largamente con la Hermana Francisca<sup>2</sup> sobre las implicancias que tendría para ella jubilarse y dejar la intensa vida laboral que había tenido durante décadas. Le preocupaba quedarse sin actividad. La Hermana Francisca, que conocía muy bien del trabajo que hacía la *Fundación* con madres adolescentes en varias de las capillas de la comuna, le comentó sobre la posibilidad de activar ese programa en la capilla de la que ambas eran parte.

“La Hermana que siempre está detrás de mí me preguntó si quería ser voluntaria, pero yo no me sentía muy preparada. Finalmente le dije bueno, acepto, porque ella me dijo que podía aprender. Y empezamos.

Llegué a tener hasta ocho chiquillas en mi grupo. En la *Fundación* nos preparaban con los temas



que tratábamos con ellas y se pasaba el tiempo súper rápido. Uno va conociendo a las niñas y se va metiendo con toda su vida, sus guaguas. Uno les va entregando cariño, las va escuchando en sus historias y eso es algo grandioso, porque uno nunca se imagina como son estas chiquillas. Te vas encariñando con ellas.

Yo les decía una y otra vez que tenían que poner a sus guaguas en el jardín para que ellas pudieran trabajar, estudiar y hacer algo, porque muchas dormían hasta las doce o una. Otras estudiaron y seguían haciendo cosas. Y siempre cuando me ven y me las topo me dicen: “me sirvió estar en el taller de maternidad adolescente”.

Adquirí muchas sobrinas. Fue un voluntariado muy bonito, muy bueno. La convivencia, los paseos, salir y conocer también eran bacanes. Durante mi vida yo nunca conocí nada porque estaba todo el día en el trabajo, así es que a mí también me sirvió. Este voluntariado fue mucho crecimiento para mí.

En el tiempo que estuve -3 años y medio- lo pasé bien, y aunque eso ya pasó y yo cumplí con mi ciclo y el Robin también, porque ya egresó del programa, todo ese tiempo que estuve fue muy bueno y lo recomiendo a cualquier persona”.

Anita y Robin han ido construyendo nuevos caminos en estos últimos años. Robin está en búsqueda de un trabajo y Anita, luego de que el programa de maternidad adolescente terminara, participa como voluntaria de su capilla visitando y llevando la comunión a los enfermos. Esa experiencia y vínculo tan cercano con su comunidad a lo largo del tiempo, generan en ella una reflexión final: “acá en la comuna lo que más se necesita es calidad humana y eso es lo que uno tiene que entregar cuando es voluntaria, calidad humana, porque acá hay mucha ignorancia. Lo que más se necesita es que la gente se pueda educar. Ya nadie cree en Dios. Nadie cree que una acción cuando es mala, trae una consecuencia. Por eso los niños llegan y andan despotricados y ocurren tantas cosas. Los valores se están perdiendo ahora en la población”.

<sup>1</sup> Capellán y asesor eclesiástico de la *Fundación*.

<sup>2</sup> Hermana Francisca Ponce, religiosa del Buen Pastor.



21. LA HISTORIA DE ÁNGEL:

**Cerro Navia es una comuna humilde y quiero que mis hijos tengan esa humildad**

Ángel recuerda que desde muy chico tuvo siempre el mismo sueño: salir de cuarto medio y estudiar Ingeniería Informática. Pero no en Chile. Su sueño era hacerlo en Estados Unidos y que eso le permitiera tener su auto, su casa, sus cosas y sobre todo libertad. Libertad de decidir lo que quisiera para su vida.

Hoy con 15 años, dice que sus sueños han cambiado excepto en una cosa: la búsqueda de esa posibilidad de decidir por sí mismo que es uno de los principales conflictos que mantiene con su mamá; un tema que se ha vuelto significativo en esta etapa de la vida.

La mamá de Ángel también tenía 15 años cuando se embarazó y sacar adelante a su hijo no se le hizo fácil. Costó que la familia aceptara su situación y la apoyaran. Eso les implicó ir de un lado a otro en innumerables cambios de casa. Fueron todas esas dificultades por las que pasaron, las que Ángel cree que hicieron que su mamá fuese especialmente restrictiva y aprensiva en la crianza. “Yo sé lo que hizo mi mamá a esta edad y por eso yo creo que ella tiene miedo que yo haga lo mismo. Pero yo le digo que no voy a cometer los mismos errores de ella. Yo quiero tener más libertad porque mis amigos van a fiestas y yo no puedo y por eso también, quiero vivir más la vida.

Nunca he dejado el colegio, me han echado, pero voy en primero medio y me gusta ir al colegio porque me distraigo”.

Fue también buscando distracciones con los amigos, que un día mientras caminaban con un grupo de ellos por la calle, se les acercó un educador de la *Fundación* y les explicó que había un programa ambulatorio de rehabilitación de drogas para niños y jóvenes, en el que podían participar. “El tío nos contó de qué se trataba y a nosotros nos interesó. Primero creímos que podía ser mentira, pero como el tío volvió de nuevo a vernos, vinimos.

Nos juntamos los martes y los jueves... así salimos de la casa, tomamos once entre todos, ellos nos traen colación, jugamos pin pon o básquetbol y nos distraemos. También conversamos temas entre nosotros. Tenemos mucha confianza, pero no decimos groserías delante de la tía. Ella nos pregunta sobre el tipo de drogas que hemos consumido, probado y qué hacemos”.

Ángel dice que frente a esa pregunta es honesto, habla con la verdad, cuenta qué ha consumido y que no consume siempre. Tener ese espacio de confianza y de actividad lo ayuda “en el sentido de que en la semana no estoy pensando tantas cosas: las peleas en mi casa, el colegio y todos los problemas personales que se van acumulando. Aquí tienes el espacio de pasarlo bien, con el permiso de tu mamá y sin que nadie se enoje”.



Si los permisos han sido el principal conflicto con su madre, la historia con su papá es totalmente distinta. “Mi papá trabaja en la construcción y en diferentes cosas, pero ahora está preso. No sé bien por qué, pero sé que es por robo. Yo siempre mantengo contacto con él, porque siempre va a ser mi papá y lo amo, aunque no haya estado ahí... es que nosotros somos muy parecidos”.

Y continúa: “es fome que esté preso en la peni y no verlo seguido. Como mi mamá no me deja ir a verlo, recién voy a verlo de nuevo cuando salga, y va a salir cuando yo esté como en tercero o cuarto medio.

En todo caso mi mamá sabe que yo lo quiero mucho y también sabe que yo soy maldadoso, pero que tengo mis papeles limpios y que nunca haría algo como eso. No lo haría porque yo sé que decepcionaría a mucha gente: a mi abuelo que es como mi papá, a mi tía que es como una segunda familia, pero sobretodo a mi Tata que siempre me ha dado todo”.

Ni los problemas con su mamá ni la realidad de su papá han hecho que Ángel deje de tener total claridad sobre lo que quiere para su vida y su futuro. “Hoy tengo dos sueños: uno que ya lo veo lejano, que es postular a una beca deportiva de básquetbol y poder irme de intercambio a otro país, y el otro es que como ahora lo que hago es cantar, me gustaría sonar en Cerro Navia y de ahí pegar en todas partes y ser conocido. Pero esto de la música es un sueño más de niño porque sé que eso no me va a dejar plata. Por eso siempre está lo de estudiar. Eso se ha mantenido, porque me va a asegurar el poder independizarme.

Y me gustaría que mis hijos se criaran aquí en la comuna. Hay personas que dicen que Cerro Navia no es buen lugar, pero me gustaría que mis hijos tuvieran experiencias de población. Que vean qué pasa cuando te metes en esto, que vean que puedes salir adelante. Porque acá uno conoce de todo, como la gente roba, los trucos que tienen, pero me gusta porque Cerro Navia es una comuna humilde y quiero que ellos también tengan esa humildad. Que tengan el flow de vivir en Cerro Navia”.

Educación Jóvenes Discapacidad Intelectual  
Personas Mayores Atención Comunitaria

Tomas Alba Edison 8410

2 2649 9066  
www.cnjoven.cl

Sobre el escritorio de uno de los espacios que hay para las atenciones fonoaudiológicas en el Centro Comunitario de Pudahuel, se encuentran varios cubos con diversas imágenes infantiles en cada una de sus caras. Esos cubos son parte del material de estimulación que ha hecho con dedicación Solange Morales, una profesional de 30 años que lleva más de un año trabajando con niños y niñas de Cerro Navia, como voluntaria de la *Fundación*.

22. LA HISTORIA DE SOLANGE:

**El voluntariado  
tiene un pago  
del corazón  
totalmente  
distinto al  
económico**

Solange, que se define a sí misma como una humanista, encontró en la fonoaudiología una posibilidad de compatibilizar su interés por los temas de la salud, con una vocación social y pedagógica y un espacio desde el cual desarrollar las habilidades artísticas que tuvo desde niña. Y en el voluntariado, un compromiso con niños y niñas, que al igual que ella y su familia, no habrían tenido la posibilidad de acceder de manera privada a un tratamiento personalizado y extendido. “En nuestra casa está muy presente el tema de la consciencia social porque no es algo ajeno a nuestras vidas. Mi marido y yo somos personas que venimos desde abajo, que con el sacrificio nuestro y de nuestras familias hemos logrado lo que tenemos hoy. En nuestras familias tampoco hubiéramos tenido los recursos para pagar terapias. Por eso somos tan comprometidos. Porque lo vivimos y sabemos que, si uno puede aportar, aunque sea un granito, es muy satisfactorio”.

La mención que hace a su marido no es trivial. La decisión de dedicar una tarde completa a realizar atenciones en Cerro Navia no fue sólo un impulso, sino una reflexión meditada en familia durante varios meses para adecuar los tiempos de crianza y de pareja a esta nueva exigencia que sumaba a su agenda.

“El 2017 tomé la decisión de hacer un voluntariado porque me pasaba que en mi profesión trataba con casos particulares y había mamás que encontraban muy caro una sesión que vale entre 18 y 20 mil pesos. Y frente a eso yo pensaba: que lata que este niño se quede sin esta atención y cobraba 5 o 7 mil. Además, desde la universidad tenía la inquietud de ser voluntaria, pero por falta de tiempo, porque trabajaba y estudiaba, no había podido hacerlo.

Conversando sobre esto, un día mi marido me dijo “Sole, estás regalando la pega cobrando eso, mejor has un voluntariado” y empecé a pensar que sería una buena oportunidad de crecimiento profesional y personal. Vi muchos beneficios en eso y empecé a buscar un lugar que fuese serio, donde mi trabajo fuera un aporte. Me acordé que un compañero de la universidad había estado en la *Fundación* y me metí en la web.

Pude ver el trabajo que se hacía y que había un equipo multidisciplinario que se encargaba de



ayudar a la comunidad. Eso era lo que yo estaba buscando. Lo que yo quería era ayudar a niños de escasos recursos.

Ya tomada la decisión, lo conversé nuevamente con mi marido y le dije: si empiezo, va a ser un proceso largo, probablemente todo el año y me va a demandar un día completo de la semana para cumplir con todo”.

Desde entonces, Solange atiende todos los jueves durante la tarde a 4 niños que asisten con la misma regularidad y compromiso que ella. “Yo misma preparo el material que ocupo en las sesiones porque me gustan mucho las manualidades y esta es una carrera que no tiene límites de creatividad”.

Y continúa: “cuando partí tenía los nervios típicos del comienzo porque es un trabajo serio donde uno tiene que mostrar lo que uno sabe, pero me sentí muy bien acogida. Me dieron toda la confianza, el espacio y ha sido una bonita experiencia. Se me ha facilitado todo lo que he necesitado para trabajar con los chicos. Llego a las 3:30 y atiendo hasta las 7 de la tarde... Lo bonito del voluntariado es que uno es consciente que no todos pueden acceder a una terapia de calidad, hecha con cariño. Eso la gente lo agradece mucho. Da gusto cuando las mamás vienen y traen a los chicos porque uno se va implicando en los procesos y generando vínculos. Todas son familias muy comprometidas, que tienen mucha conciencia que educando a sus niños pueden surgir y salir adelante más allá de la precariedad económica. Nunca faltan, llegan puntuales y es muy lindo ver que los niños van avanzando, que están contentos con sus logros y que detrás de ellos hay familias muy comprometidas... ese es el gran pago del voluntariado. Es un pago totalmente diferente a lo económico”.

Son más de la siete de la tarde, ya empieza a atardecer y se acaba de ir el último niño, que como en todas las atenciones, entregó un aporte voluntario a la *Fundación* que se destina a los insumos del tratamiento. Solange empieza a ordenar y guardar el material que está encima del escritorio. Mientras recoge cada uno de los cubos que ha hecho ella misma, agrega: “Si mi familia y mi salud me lo permiten, yo feliz de continuar con esta experiencia porque es muy enriquecedora. Porque de verdad, tiene un pago que es del corazón”.

23. LA HISTORIA  
DE ISA:

## Me daba vergüenza vivir en la calle

sa tiene 16 años y antes de relatar abiertamente muchas de las experiencias que tempranamente han ido marcando su vida, advierte que no le gusta que le saquen fotos. Ella prefiere que el registro de su historia quede plasmado sólo en palabras. Palabras y recuerdos que a medida que va contando, van construyendo y revelando esa imagen latente que ella no quiere que se muestre.

Comienza: “Llegué a la *Fundación* por droga, por consumo y por situación de calle. A los 13 me empecé a meter en la droga porque me aburría tener siempre los mismos problemas y la droga era lo único que me podía despejar un poco. Los problemas empezaron porque primero mi tata se murió de cáncer y después, a los días, cayó mi papá en el hospital por cirrosis y además, le diagnosticaron esquizofrenia. Todo fue de una y entonces me tuve que ir a vivir con mi mamá.

Yo no vivía con ella, vivía con mi tata y mi papá. Y aunque mi papá estuviera metido en las drogas y el copete, ellos eran las únicas dos personas que siempre me apoyaban. Ellos eran mi motivo para salir adelante. Mi mamá en cambio, también está metida en las drogas, pero yo nunca fui apegada a ella porque es muy loca, me pegaba.

Con la muerte de mi tata y lo de mi papá (que quedó internado en un psiquiátrico) no me quedó otra que irme con ella. Eso me echó abajo. Después repetí séptimo y me fui de la casa a vivir con una amiga que su familia tenía mi tutela legal, pero un día mi mamá los llamó para decirles que les iba a echar los pacos encima y decidí irme para no darles problemas a ellos. Ahí me fui a vivir a la calle porque no tenía más opción. Mi mamá estaba en situación de calle y las dos partimos a un peladero que hay en Mapocho donde ahora están construyendo unos departamentos. Ahí armamos un ruco. Yo debo haber tenido como 14, 15. Vivimos dos años así”.

Mientras hace memoria de los años y las fechas para estar segura de la cronología, continúa: “Me costó acostumbrarme. Me daba vergüenza porque siendo joven uno igual tiene hartos amigos y no me gustaba que vieran que vivía en la calle... pero nunca pasé hambre porque mi abuela siempre estaba ahí para apoyarme o darme un plato de comida”.

Fue mientras Isa vivía en ese sitio en Mapocho que un grupo de educadores del Programa de Rehabilitación de drogas para niños y jóvenes de la *Fundación* llegó a visitarla. “Me fueron a buscar de acá de la *Fundación* y me dijeron que había este programa. Cuando llegaron me dio vergüenza, pero igual dije que sí (que iba a participar) porque al principio me lo tomaba como un pasatiempo para no estar en el ruco. Pasaba aquí. Es que siempre me he sentido bien en la *Fundación*, siempre he tenido el apoyo de todos los tíos”.

La experiencia de sentirse acogida en el programa tuvo implicancias concretas en su vida y sus decisiones. “Empecé a hacer un dos por uno de séptimo y octavo y aunque hubo un tiempo en

que estuve muy metida en la onda de las pastillas, cuando volví a estudiar paré porque tenía que enfocarme en mí. Estaba clara que la droga no me iba a llevar a ningún lado. Y no me costó salir. No era como que el cuerpo me pidiera la droga. Lo hacía más para despejarme, por entretención.

El 2017 me fui de la calle. Me fui a vivir con mi hermana, pero no me llevé bien con ella porque también está metida en las drogas y era un mal ambiente. Y cuando ya me iban a mandar al Sename y tenía la audiencia en el juzgado, me fui a vivir con mi abuela y a ella le dieron mi tutela”.

Ese vínculo, el volver a estudiar y finalmente salir de la calle, abrió nuevas perspectivas en Isa. “La relación con mi abuela es buena. Nos llevamos bien. Es como si fuéramos amigas. En la casa hago todo yo. Le doy desayuno los fines de semana, barro afuera, lavo la loza.

Ahora, además, estoy en un liceo normal y tengo mis metas bien claras: cuando recién me metí quería estudiar párvulo porque me gustaban los niños, pero cuando fui a las actividades que habían, no me gustó. Después vi las cosas de administración y me gustó, pero la matemática no es lo mío. Hace poco empecé a hacer talleres de metalurgia y de momento me tinca eso. Quiero terminar el colegio”.

Isa logró así construir un nuevo camino para ella. Dice que “ya no está ni ahí con las drogas”, que no le interesan y que el único consumo que tiene son los cigarros. Pero no quiere que estos logros le impliquen que se tenga que ir del programa de la *Fundación*. “Yo estoy bien aquí. La verdad, no me quiero ir”.

24. LA HISTORIA  
DE JENNY:

## Antes me sentía inútil y ahora me siento bacán



Ante la pregunta de cuántos años tienes, Jenny contesta 28 - se da cuenta de su error involuntario, y luego se ríe efusivamente para agregar que le gustaría tener 28 pero que en realidad tiene 48 años. Esa risa que contagia al resto de sus compañeros y educadoras de los talleres laborales en los que participa, disminuye y va bajando de volumen a medida que relata parte de su historia y contexto familiar, sus miedos y los motivos que la hicieron llegar a la “*Discapacidad Intelectual*” en la *Fundación*.

“Yo viví siempre con mi mamá, primero en Cerro Navia y después, como 8 años en Puente Alto. Cuando ella murió yo volví a Cerro Navia a vivir con mi hermana chica (un año) y después con mi hermana mayor. Con ella ya vivo como hace 17 o 18 años, acá cerquita de los talleres. Para mí fue muy feo que muriera mi mamá. No me gusta recordarlo. Yo era muy cercana a mi mami (se emociona)”.

La historia con su papá es distinta. “De mi papá que Dios me perdone, pero no tengo recuerdo de él. Mi papá se fue y no volvió más. Era muy malo el caballero. Para que estamos con cosas, hay que decir la verdad no más. Yo por mi mamá daría toda la vida, pero por él no”.

La ausencia del padre hizo que su mamá trabajara incansablemente para sacar adelante a sus cuatro hijas. “Mi mamá trabajó siempre; trabajó en lavaseco, en una casa, en las viñas, haciendo aseo. Yo nunca fui al Colegio. Una vez fui un ratito no más. Es que los colegios eran muy caros y mi mamá no tenía los recursos para pagarlos. Yo me quedaba con mi hermana grande en la casa. Ella me cuidaba”. Gabriela, la hermana mayor, también recuerda esta etapa y la aprensión permanente de su madre “De todas nosotras la Jenny siempre fue la preocupación de mi mamá, le preocupaba su futuro, con quién se iba a quedar cuando ella no estuviera. Mi mami me la encargó mucho”.

“Yo pasaba llorando cuando me vine a Cerro Navia cuando mi mamá murió. Me sentía sola, aburrida, quería estar con mi mami, pero ya no podía hacer nada. Quería irme. Mi hermana me decía que la vida era así, que tenía que aceptar que ella ya había partido”.

Un día, por intermedio del jardín, le dijeron a mi hermana que abajo había unos talleres donde yo podía ir. Pero yo tenía miedo, tenía miedo porque pensaba que las personas de los talleres eran todas personas sanas. Yo creía que no eran personas con dificultades como yo. Pero mi cuñado me habló y me dijo: tienes que ir porque ahí te vas a dar cuenta de que hay personas con tantas dificultades más que tú”. Y se decidió a partir.

Cuando llegué fue lindo, me gustó. Iba todos los días. Hacía pan, chilenitos, empolvados, hacía madera. Me gustó mucho la experiencia que tuve en *El Trébol*<sup>1</sup>,



no tengo nada que decir, todo lo contrario. Me gustaba bailar, trabajar, tener compañeros, amigos y amigas como la Johana, el Mauri, el Alejandro, el Lucho. Cuando nos vemos con el Alejandro - tantos años que lo conozco - nos abrazamos”.

Tras varios años en *El Trébol*, Jenny tuvo la oportunidad de trabajar ayudando en una panadería. Estuvo 4 meses y finalmente decidió regresar a la *Fundación*, porque en ese trabajo se sentía muy sola y a ella le gusta estar acompañada. Volver le trajo una sensación extraña porque habían habido cambios. Tenía compañeros nuevos y algunos de sus amigos se habían incorporado a la lavandería *La Burbuja* y a la elaboradora de merengues *Don Copo* (los talleres laborales de la *Fundación*).

Luego de unos meses las educadoras le dijeron a Jenny que ella también podía seguir el camino de algunos de sus amigos y sumarse a la lavandería. “Al principio estaba asustada porque yo pensaba que no iba a hacer la meta. Pensaba que todo era más difícil. Cuando yo había venido a los talleres y veía a los chiquillos yo pensaba “eso no es para mí”. Pero cuando me vine aprendí a doblar sábanas, overoles, poleras, blujeans. Y ya sé todo. Cuento la ropa, veo los colores, plancho, embalo”.

Ha sido bonito darme cuenta que puedo hacer tantas cosas, al principio uno se siente inútil y ahora me siento bacán. Me gusta venir y nunca faltó. Es que esto es como mi segunda casa”.

Gabriela su hermana, también ha sido testigo de estos avances y del proceso de sentirse segura y confiada que ha logrado la Jenny en el tiempo. “Uno sabe que uno no es eterno, por eso es una alegría ver todo lo que ha aprendido y eso nos ha mostrado que se puede valer por ella misma. Nosotros no creíamos que eso fuera posible pero hoy día sabemos que ella puede hacer lo que quiere si se lo propone y esa es una alegría muy grande”.

Jenny observa atenta a su hermana mientras habla de ella con orgullo y tiene claro hacia donde se encamina su energía y su esfuerzo: “mi sueño es tener mi casa, mi trabajo y ayudar a mi hermana mayor”

<sup>1</sup> Taller de apresto laboral.



25. LA HISTORIA DE GRACIELA:

## El secreto de la casa propia se fue a la tumba

as palabras “no te quedes aquí en la casa, busca cosas que hacer” que le dijera a Graciela su marido antes de morir, hicieron eco en ella durante muchos meses.

Ya llevaba un tiempo de duelo, reponiéndose, cuando se encontró con un caballero del sector que le comentó de la existencia de un centro comunitario para personas mayores, que pertenecía a una fundación y donde hacían varias actividades gratuitas. En ese momento volvió a la mente de Graciela el deseo de su marido: “busca cosas que hacer”.

Pensó que ahí también, podría encontrar una salida a algunos dolores de espalda que tenía por su falta de actividad física y partió. “Lo primero que me llamó mucho la atención fue las personas que habían. Me llamó la atención su amabilidad, porque uno está acostumbrada a que cuando va un lugar le hablen bruscamente. Te dicen qué busca, qué necesita. Es raro encontrar personas amables. Y ahí al tiro me dieron ganas de quedarme. Me inscribí primero en memoria y chikún”.

Graciela comenzaba así, un camino de compartir con sus pares y retomaba el sello de su historia personal de arraigo con la comuna y vínculo con la comunidad, porque ella es la menor de 13 hermanos y tenía a penas 4 años cuando su mamá murió. Vivían todos en Osorno. Una hermana se hizo cargo de los hermanos menores, porque la más grande ya se había venido a Santiago, sin embargo, esa hermana se contagió de tuberculosis y murió. “Ahí yo quedé muy sola. Con esa muerte se deshizo todo. Ya no había casa”. Entonces se vino con una amiga a Santiago con la promesa de poder trabajar como nana en una casa. Fingía tener 15 cuando en realidad sólo tenía 14 la primera vez que entró a trabajar. “La señora que me recibió se dio cuenta al tiro que yo no le servía porque yo era una niña y me mandó donde otro matrimonio que fue gente muy buena que me ayudó mucho.

Unos años después, a los 17 exactamente, conocí a mi marido, antes de los 20 me casé y tuve a mis tres hijas. Tenía 27 años cuando llegué a Cerro Navia. Éramos re pobres. Nos prestaron un sitio que cuidábamos y ahí vivíamos. Teníamos muchas necesidades. Yo nunca he negado mi condición de pobre. A mis tres hijas se sumaron además, dos sobrinas de otra hermana que también murió, que se vinieron a vivir con nosotros. Éramos pobres pero nunca nos faltó para comer. Me tuve que poner a trabajar, pero nunca más me moví de Cerro Navia.

Yo le tomé mucho cariño a la comuna por participar en la comunidad. Empecé a participar con las monjas del Colegio *San Francisco Javier* que son como familia nuestra. Es que el hecho de participar en la iglesia lo hace a uno más sensible. Yo creo que ésta debe haber sido la primera comunidad que se formó aquí en Cerro Navia. En ese tiempo no teníamos ni capilla y todos trabajamos juntos para hacerla. Ese es el gran orgullo de nosotros. Ahí hice amistades y nos conocimos entre mucha gente”.

Graciela, como muchas otras mujeres del sector participaba activamente colaborando con las necesidades de la comunidad, haciendo catequesis y promoviendo la identidad de esta comuna. Y también, como para muchas de esas mujeres y sus familias, el '73 fue un año durísimo. “Para nosotros fue terrible. Vino el golpe, mi marido ese mismo año además quedó sin pega y nos pidieron el sitio en que vivíamos. Me quería morir porque no me quería ir del sector, yo lloraba. Una noche me amanecí llorando. Mi marido me decía “vieja ya vamos a encontrar algo”.

Salimos a recorrer y a buscar si había algo en venta, una casa o un sitio. Y lo primero que vimos fue este sitio, con reja, que tenía una casucha atrás. Yo lo vi, miré al cielo y dije: Señor ¿sería mucho si fuera acá?

A través de una señora de la catequesis mi marido se contactó con el dueño del sitio. Un día llegó a la casa con una carpeta y nos llamó a todas. Abrió la carpeta y nos dijo que había comprado el sitio y que eso significaba que esas moneditas que a veces le daba a las niñas para ir al colegio no se las iba a poder dar más. Yo no sé de dónde logró conseguir plata, ese secreto se lo llevó hasta la tumba. Nunca me lo dijo en los 41 años que estuvimos casados”.

Ya con la alegría de su casa propia, Graciela nunca dejó la capilla que no sólo significó mucho para toda la comunidad del sector, sino también para muchas personas que

resultaban heridas en protestas, golpeados por las fuerzas policiales o que recibieron apremios ilegítimos. Fue el Obispo Don Enrique Alvear quien marcó también la vida de Graciela. “Él consiguió a unos doctores y unas enfermeras que nos enseñaron a poner inyecciones, curar heridas, para que así pudiéramos atender bien en la capilla a los que llegaban heridos. Incluso después de que pasó la dictadura y murió mi marido yo seguí haciendo eso, poniendo inyecciones a gente que me lo pedía”.

Esa actividad tenía Graciela cuando empezó los cursos de chikún y memoria en la *Fundación* y donde al poco tiempo la llamó una estudiante en práctica de *Cerro Navia Joven* para preguntarle si no se animaría a ser un parte de un programa de radio, como locutora, con otras personas mayores. “¿Serviré yo? le pregunté, y ahí me acordé de las palabras de mi marido que siempre nos decía “todo lo que sea aprender es bueno”. Pensé bueno, nada pierdo y si meto las patas me voy no más”.

El programa de radio “La Voz del Adulto Mayor”, duró 6 años y era transmitido por la señal comunal. Junto a Graciela compartieron el locutorio otras tres personas mayores que durante todo este tiempo, una vez a la semana, trataron temas propios de esta etapa de la vida. Se reunían en la *Fundación* sistemáticamente y acompañados por una educadora, decidían temas que abordar y un listado de especialistas que invitaban para aportar a la conversación.

“Fue una experiencia súper buena. Hicimos una amistad con los que participábamos. Me di cuenta que tenía otros talentos. Decía: Señor estoy aquí y pensar que yo soy una persona común y corriente, y eso nació de participar en la radio y en la *Fundación*”.

Graciela hace una pausa y continúa: “La *Fundación* ha sido un aporte grande en mi vida porque lo de la radio se terminó, pero no nos desvinculamos. Yo trato de que no se corte ese hilo. No he dejado de participar en las cosas. Ahora estoy participando en unos “cuenta cuentos” que le vamos a hacer a niños de los jardines de la comuna, y la verdad impresiona como los niños le dan a uno energía cuando se está más viejo.

Todo esto ha sido importante porque no he tenido ni tiempo para decir pucha que estoy vieja. He estado ocupada. Llegué a la *Fundación* sin tener 70 todavía, ahora ya voy para los 75 y puedo decir que ha sido una etapa muy buena, sobre todo porque valoro mucho que me tomen en cuenta”.

# A MODO DE EPÍLOGO

Al terminar de leer estas páginas reconozco en ellas mi propia experiencia al ser parte de la *Fundación Cerro Navia Joven*: una organización viva. Muchas de estas historias parten con un encuentro, con alguna persona que abrió una posibilidad nueva. Alguien que me dio una idea, que me ayudó a buscar una solución, que me abrió una puerta, que permitió que determinado problema no me siguiera ahogando; que pudiera salir y superar situaciones injustas y graves o ser capaz de acoger y asumir las dificultades.

La *Fundación* consiste en eso, en la multiplicación de esos encuentros entre personas, educadores y educadoras. La presencia de otro u otra, que permite que lo propio aflore. Que no me reemplaza, que no me inhibe, que no es nunca una dádiva paternalista, sino un apoyo para seguir caminando.

La clave ha sido el vínculo: uno que va sanando y resignificando las vidas, independiente del tiempo que transcurra. Sanación que mueve o inicia procesos de transformación no solo de lo propio, sino de lo que nos es común.

Juntos y juntas superamos una adicción, aprendemos en el colegio, acompañamos nuestra maternidad, desarrollamos nuestras capacidades, agradecemos cuando ya somos mayores y experimentamos nuestra solidaridad. Los problemas individuales son también colectivos y comprometen a nuestra familia, a la población, a Cerro Navia, al país.

Me siento parte de estas historias, en ellas me identifico. Son relatos que me llenan de alegría, historias que hemos vivido juntos y juntas, historias que nos han marcado. Las huellas virtuosas que ellas han dejado no solo pertenecen a quienes las vivieron. También son de los otros y otras participantes, de educadores y educadoras, de la población. Son el tesoro de la *Fundación*.

He sido testigo privilegiada de estas vivencias en 25 años como Directora Ejecutiva de la *Fundación*. Estos relatos son bellos y nos animan, pues en todos, a pesar de los dolores, los sufrimientos, la injusticia y la pobreza, aflora una memoria agradecida.

Me sumo a esa gratitud, pues sin la colaboración de muchos y muchas, nada de esto hubiera sido posible: gracias a los aportes del Estado, a las donaciones de privados, al apoyo de otras instituciones, a tantos amigos y amigas, a todos los educadores y educadoras, tantos voluntarios y voluntarias y a las personas que, generosamente, han sido parte del directorio en este camino.



**Niniza Krstulovic Matte**  
DIRECTORA EJECUTIVA

## **DIRECTORIO CERRO NAVIA JOVEN**

Matías Provoste Vargas, Abogado - **PRESIDENTE**

Cecilia Recabarren Raby, Abogada - **SECRETARIA**

Felipe Arteaga Manieu, Ingeniero Civil - **TESORERO**

Andrés Millar Deuma, Trabajador Social, Representante Hogar de Cristo

Manuel Carmona Peredo, Párroco de María Reina de la Paz

Matías Berndt Alzérreca, Ingeniero Civil

Ricardo Silva Güiraldes, Ingeniero Civil

### **ASESOR ECLESIAÍSTICO**

P. Eduardo Silva Arévalo, sj.

### **DIRECCIÓN EJECUTIVA**

Niniza Krstulovic Matte

---

## **PUBLICACIÓN 25 AÑOS DE HISTORIAS**

### **EDICIÓN DE CONTENIDOS Y PERIODISTA**

Constanza Pinto Gimeno

### **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

Carla Caorsi Riveros



